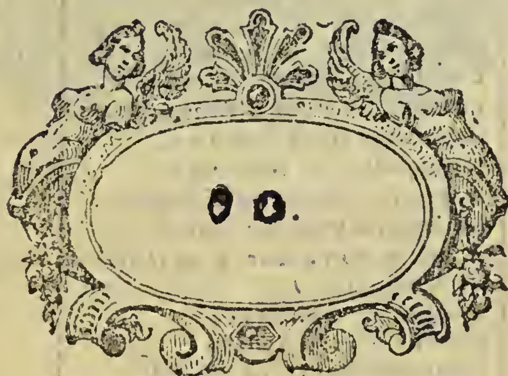
CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.



PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

D. José Cuesta, *calle Mayor.*
D. Casimiro Monier, *Carrera de San Gerónimo.*



D. Juan Diaz de los Rios. *calle de Carretas.*
D. José Perez, *idem.*

Catalogo *de las obras dramáticas de la propiedad del* **Circulo Literario Comercial**, *estrenadas últimamente en los Teatros de esta corte.*

DRAMAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

La niña del mostrador.
La mano de Dios,
Remismunda.
¡Redencion!!
Rioja.
Muger y madre.
El curioso impertinente.
La aventurera.
La pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores ó todos están locos.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La Estrella de las Montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

El agua mansa.
Un infierno ó la casa de huéspedes.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de camara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Alteza.
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas!
Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
¿Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
A quien Dios no le dá hijos!..
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo ó el Principe de Montecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil.
María y Felipe.

LA NIÑA DEL MOSTRADOR,

DRAMA EN TRES ACTOS

POR

Don Manuel Breton de los Herreros,

REPRESENTADO EN EL TEATRO DEL PRINCIPE.



MADRID=1854.

IMPRENTA DE T. Fortanet, GREDA NUM. 7.

PERSONAS.	ACTORES.
NARCISA.	Doña Teodora Lamadrid.
CONDESA. . . .	Doña Maria Rodriguez.
BASILIO.	Doña Cristina Ossorio.
CATALINA. . . .	Doña Joaquina Garcia.
JENARO..	Doña Rafaela Calvo.
D. FAUSTINO. .	D. Joaquin Arjona.
BERNARDO.. . .	D. Enrique Arjona.
GABRIEL.	D. Fernando Ossorio.
RUPERTO.	D. Jose Garcia.
D. JOAQUIN. . .	D. Victoriano Tamayo.
GREGORIO. . . .	D. Jose Alisedo.
LUCAS.	D. Antonio Bermonet.
D. PANCRACIO.	D. Manuel Sorzano.
D. POLICARPO..	D. Mariano Serrano.
D. MARCIAL. . .	D. Antonio Zamora.
D. ALBERTO. . .	D. Antonio Caceres.
D. REMIGIO.. . .	D. Jose Bullon.
D. MARTIN.. . .	D. Pedro Maffei.
D. BENIGNO. . .	D. Esteban Montilla.
ISIDRO.	D. Manuel Alvarez.
FOSFORERO. . .	D. Luis Cubas.

CONCURRENTES A UN CAFE.

La escena es en Lisboa.

ACTO PRIMERO.

Gabinete en casa de la Condesa, amueblado con elegancia. La puerta principal en el foro; otra á la derecha y otra á la izquierda. Bufete de señora con recado de escribir.

ESCENA I.

D. JOAQUIN. GREGORIO.

(*Gregorio está acabando de pasar el plumero á los muebles: D. Joaquin llega por el foro*).

D. JOAQ. Gregorio.
GREG. ¡Oh Señor D. Joaquin!
D. JOAQ. ¿La Condesa...
GREG. No recibe. Ya se lo habrá dicho á usted Martin.
D. JOAQ. Creo que sí; pero yo he prescindido...
GREG. Nos ha dado á todos la órden de...
D. JOAQ. Lo supongo; pero tales órdenes no hablan

conmigo: soy de casa.

GREG. Perdone usted. Ha dicho que, hasta nuevo aviso, no recibe hoy á nadie absolutamente.

JOAQ. (Aún dura el enojo. Ya lo habia yo previsto; pero en breve...) (*Metiendo la mano en el bolsillo del frac*). Hazme pues el favor...

GREG. ¿Tarjeta?

D. JOAQ. No; esta cartita... Sino es que tambien haya prohibido...

GREG. No, señor: las cartas no entran en la consigna. ¿Espera usted la respuesta?

D. JOAQ. Se entiende.

GREG. Voy al momento. Ya sabe usted que simpatizamos...

D. JOAQ. Anda.

(*Gregorio entra por la puerta de la derecha.*)

ESCENA II.

D. JOAQUIN.

Bien mirado, no le falta razon para estar conmigo de mal talante. Tal vez fué algo intempestiva mi declaracion... Ella me ama: no lo puedo dudar; pero no estaba ayer, por lo visto, en su buen cuarto de hora. Con todo, no fué mi arrebato lo que más la hubo de irritar, que á ninguna mujer nacida le pesa de ser... ó de creerse adorada. Sin duda la picaron mis... (*Viendo á Gregorio que vuelve con la carta.*) ¿Qué hay?

ESCENA III.

D. JOAQUIN. GREGORIO.

D. JOAQ. Pronto ha escrito la respuesta.

GREG. Es que la respuesta... viene escrita en efecto; pero no de su mano.

D. JOAQ. (*Tomando la carta*). Dame... ¡Mi propia carta! ¡Y sin haberse dignado de abrirla!...

GREG. ¡Qué lástima! Dirá usted en ella tantas lindezas...

D. JOAQ. Demasiadas quizá. (¡Me desespera esa mujer!)

GREG. ¡Oh! Eso... No porque sea arisca con usted...

D. JOAQ. ¡Arisca!.. Orgullosa.

GREG. Bien; pero guapa... No porque yo lo diga, ni porque sea mi ama y señora; pero ¡caspitina si es guapa! De lo mas superfino que hay en Lisboa.

D. JOAQ. Pero su hermosura no le da derecho para hacerme tan crudo desaire.

GREG. Ya, pero una hermosura de condesa..., hágase usted cargo..., no es ahí como la de cualquiera hija de familia.

D. JOAQ. ¡Oh! Puede que llore un dia la pérfida...

GREG. ¡Eh! No tome usted pesadumbre por eso. Mujeres hay de sobra.

D. JOAQ. Cierto.

GREG. Esa es la cuenta que yo me hice el otro dia cuando Casilda, la camarera de la señora, me hizo una por el estilo.

D. JOAQ. ¿Sí? (¡Tengo una mosca!...)

GREG. ¡Cuando le digo á usted que simpatizamos!

D. JOAQ. ¡Oiga!... ¿Te devolvió tambien alguna carta sin abrir?

GREG. ¡Quiá! ¿Yo carta? ¡Algun tonto!... Las cartas comprometen...

D. JOAQ. Dices bien.

GREG. Y dan tiempo para pensar la respuesta.

D. JOAQ. Ya...

GREG. A ménos que se respondan con ellas mismas, como verbigracia.

D. JOAQ. (¡Ah!)

GREG. Yo enamoro siempre por palabras de presente, sazonadas con tal cual guiño y una que otra pantomima.

D. JOAQ. Ese es tambien mi sistema... cuando ha lugar; pero... Ayer mismo,—y de ahí túvo principio sin duda el resentimiento de la Condesa;—al concederme la mano cuando me despedia, osé estampar en ella mis lábios...

GREG. ¡Bien! ¿Y qué hizo?

D. JOAQ. Ofenderse, ruborizarse...

GREG. ¡Bagatela!

D. JOAQ. No volveré á dar á usted la mano, me dijo, si ha de interpretar como favor un simple acto de cortesanía. Pronto advertí que habia dado un paso en falso; pero, dado ya, no ví otro medio de sincerarme que caer de hinojos y jurar á la esquiva dama la más íntima, la más ciega y la más conyugal idolatría.

GREG. ¡Lindo! ¿Y entónces? Se pondria hecha una furia...

D. JOAQ. Nada de eso: con frio desden y con risita burlona me respondió que ni creia en mis teatrales propuestas de amor, ni...

GREG. Pues; ni ella se peinaba para usted. (¡Ya lo creo!)

D. JOAQ. Me exasperó tan altiva repulsa; la atribuí á que pudieran ser ciertos los rumores de que trata de casarse con su apoderado...

GREG. ¿Con D. Faustino? Eso dicen, pero...

D. JOAQ. ¿Eh?

GREG. Nada. Prosiga usted.

D. JOAQ. Abrasado de celos... Sí, Gregorio; caí en la debilidad de tenerlos de un vejete avariento, y en la flaqueza de confesarlos. Perdidos ya los estribos, solté una andanada de pullas contra él, y lo que es peor, contra

ella: que le preferia á mí porque es millonario; que me sacrificaba al vil interes... ¿Qué sé yo!.. Y el fruto que saqué de mi temeridad fué...

GREG. Que le echó á usted con cajas destempladas: es consiguiente. Pues eso propio me vino á suceder á mí con Casilda... Miento; que le llevo á usted de ventaja la bofetada mas sacrílega...

D. JOAQ. ¡Cómo!

GREG. Si, señor; pero debo confesar que fué más alta que la de usted la punteria de mi beso: yo no me ando por las ramas.

D. JOAQ. ¡Diablos de mugeres! ¡Son tan enigmáticas, tan caprichosas... Yo esperaba que esta tierna y malaventurada epístola me reconciliase con la ingrata; pero se está en sus trece.

GREG. Pues ¿y Casilda? ¡Vaya un zuño... Pero ¿qué importa? Otra me consolará. Ya he echado el ojo á la cocinera, que es moza de chispa y no será tan melindrosa.

D. JOAQ. No me faltará á mí tampoco mi trapillo... y aun ando cerca de tenerlo; pero eso no me ha de indemnizar de lo que pierdo. ¡Ahi es nada! ¡Una viuda, jóven, ilustre, rica... ¡Qué boda, Gregorio! ¡Y verme suplantado por un estantigua!

GREG. ¡Cá! No lo crea usted.

D. JOAQ. ¡Oh! Lo creo á pie juntillas. Pues á no ser cierto ¿se hubiera enfurecido tanto la Condesa al oir mis invectivas? ¿Le hubiera defendido con tanto calor?

GREG. Y si fuera verdad, ¿tenía más que haber dicho: este es mi gusto, y santas pascuas?

D. JOAQ. ¿Así confiesa una mujer amores que la ridiculizan ó cálculos que la sonrojan? Pero es gastadora, espléndida, y no bastándole ya sus rentas para tanta ostentacion, aspira á los tesoros de ese cuitado, aunque la boda estravagante sirva de pasto sabroso á los gacetilleros.

GREG. Pues, mire usted, bien puede ser que...

D. Joaq. No lo dude;s se casa con él; pero el orgullo... Ántes será mártir que confesora.

Greg. ¿Mártir dice usted? Más fácil es que él lo sea porque...

D. Joaq. Ya es de suponer... Pero entre tanto él me roba mi mas lisongera esperanza. ¡Oh! le desafiaré, le mataré...

Greg. ¡Bobada! No aceptaria... Ni aunque le matase usted adelantaria gran cosa con la viuda, porque ha de saber usted... Pero, por Dios, silencio...

D. Joaq. ¿Qué quieres decirme? Habla; no temas.

Greg. Por usted voy á ser chismoso, cosa que aborrezco de muerte; pero la simpatía...

D. Joaq. ¡Vamos, acaba!

Greg. Tiene usted otro rival, ¡y algo más temible que el viejo!

D. Joaq. ¿Qué escucho!

Greg. Un galan misterioso, que entra todos los dias por una puerta secreta; no así como quiera, en el gabinete, sino en el mismo tocador de la señora.

D. Joaq. ¿Cierto? ¡Oh rabia!

Greg. Como soy Gregorio. Yo lo he brujuleado...

D. Joaq. ¡Falsa mujer!..

Greg. Si el Matusalen se la lleva, ese... suplemento se encargará de vengar á usted...

D. Joaq. (*Yéndose*). No; yo me vengaré de los dos...; de los tres. ¡Lo juro!

ESCENA IV.

GREGORIO.

(*A la puerta*). Pero ¡oiga usted... Se va echando centellas. (*Volviendo á la escena*). Es capaz de hacer una de pópulo, y descubrirme... Ya siento haber charlado tanto.

ESCENA V.

GREGORIO. LA CONDESA.

CONDESA. (*Saliendo por la puerta de la derecha*). ¿Se ha detenido mucho D. Joaquin?

GREG. Algo. No se traga así como así una píldora tan amarga.

CONDESA. Estómago tiene él para eso y para mucho más.

GREG. Iba tan compungido...

CONDESA. Bien; no me importa. (¡Petulante! ¡Necio! Espero que no volverá, pero si á tanto se atreve...) Gregorio, para ese caballero no estoy nunca en casa.

GREG. Bien, señora. (*Yéndose*). (¡Y para el otro... ¡Qué parcialidad!)

CONDESA. ¡Oyes!

GREG. (*Volviendo*). ¿Señora?

CONDESA. Ve á casa de mi apoderado, el señor D. Faustino y dile que me haga el favor de pasar á verme ántes de las doce.

GREG. (¡La otra víctima!..) Voy al instante.

ESCENA VI.

LA CONDESA.

Dirán que es una locura; pero mi gusto ha de cumplirse, cueste lo que cueste. (*Tocan por dentro á la puerta de la derecha*). ¡Ah! Será mi pintor... (*Cierra la puerta del foro y en seguida abre la de la derecha*). Ahora no hay nadie: éntre usted.

ESCENA VII.

La Condesa. Gabriel.

Gabriel. Señora Condesa...
Condesa. Bien venido. Algo ha tardado usted hoy...
Gabriel. Disimule usted... Otra obrilla...
Condesa. ¡Hola! ¿Va cayendo trabajo?
Gabriel. Poca cosa. Como aun no tengo renombre...
Condesa. Yo se le he de dar á usted, ó poco he de poder.
Gabriel. ¡Oh mi amable protectora!
Condesa. (¡Qué interesante jóven!) Vamos, ¿que está usted haciendo, además de mi retrato?
Gabriel. Otro... que no me sacará de pobre.
Condesa. ¿Eh! Dios proveerá... ¿Quién se lo ha encargado á usted?, si puedo saberlo.
Gabriel. Nadie, señora.
Condesa. ¿Cómo pues...
Gabriel. Ni yo le venderia por todo el oro del mundo.
Condesa. ¡Calle!.. ¡Ah! ya comprendo: será el de alguna querida...
Gabriel. ¿Querida? ¡Ah! Sí.
Condesa. ¡Suspira usted para decirlo! ¿Es solo querida... porque usted la quiere? ¿No es usted correspondido?
Gabriel. No sé; aspiro á serlo...
Condesa. Es natural. ¿Hermosa?
Gabriel. No diré yo tal en presencia de quien las eclipsa á todas.
Condesa. Gracias por la galantería.
Gabriel. Pero basta que me lo parezca á mí...
Condesa. ¡Oh! y sin duda lo será. Yo le tengo á usted por hombre de gusto. ¡Un artista!..
Gabriel. Pero á usted ¿que le importa... Quizá soy demasiado impertinente...
Condesa. (Y yo curiosa en demasía). No tal. Pero no será esa deidad muy esquiva, cuando se deja retratar.

GABRIEL. Se deja, y no se deja.

CONDESA. ¿Qué enigma es ese?

GABRIEL. Retratándola, cometo una especie de robo...

CONDESA. ¡Cómo...

GABRIEL. Porque lo hago sin su explícito consentimiento.

CONDESA. ¡Mal hecho! Las facciones del prójimo son una propiedad sagrada.

GABRIEL. ¿No me ha de ser lícito el copiarlas en un papel, y para mí solo, si ya las tengo grabadas en el corazon?

CONDESA. (La respuesta es concluyente, y yo la he merecido). Pero ¿cómo no ha procurado usted obtener su beneplácito... ¿Será por ventura alguna alta notabilidad?

GABRIEL. Lo es en cierto modo, mas no porque la haya mirado la fortuna.

CONDESA. Como es ciega, reparte sin discernimiento bienes y males, satisfacciones y penas.

GABRIEL. La dibujo á hurtadillas...

CONDESA. Á la fortuna?

GABRIEL. Á Narcisa.

CONDESA. ¡Bonito nombre!

GABRIEL. Y luego á solas hago en mi casa el retrato al ólio, que ya está muy adelantado.

CONDESA. Más que el mio, sin duda... ¡Ah! ¿Qué estoy diciendo?)

GABRIEL. Señora...

CONDESA. ¡Oh! no crea usted que yo me ofendo... Tendria curiosidad de conocer, aunque no fuese más que en pintura, á esa maravilla.

GABRIEL. Conmigo llevo el dibujo; pero es un trasunto muy imperfecto del original, y no conociéndola usted...

CONDESA. No obstante, veamos...

GABRIEL. (*Sacando un dibujo y mostrándoselo á la Condesa*). Mire usted...

CONDESA. ¡Linda cara! ¡Linda y graciosa en extremo!

GABRIEL. Pues si eso dice usted de tan informe bosquejo ¿qué diria...

CONDESA. ¿Eh?

GABRIEL. (*Cortado*). Nada; es favor que usted me...; que usted le...

CONDESA. No se turbe usted. No hay motivo...

GABRIEL. Á mí me puede engañar la pasion...

CONDESA. (¡Ya lo va enmendando!) (*Tomando el retrato y poniendo mas atencion en él*). Pero este rostro no me es desconocido. ¿Dónde he visto yo... ¡Ah! sí sí; esta es la hermosura que tanta celebridad va adquiriendo en Lisboa... *La Niña del Mostrador*!

GABRIEL. Sí, señora.

CONDESA. ¡Y en semejante criatura ha puesto usted sus ojos!
(*Le vuelve el dibujo y él lo guarda*).

GABRIEL. ¿Por qué no?

CONDESA. ¡Una muger que vive de darse en espectáculo á todo el mundo, en un café!

GABRIEL. Pero su modestia, seguro indicio de la pureza de su alma; su habitual melancolía, alguna lágrima que he sorprendido en sus párpados...; todo me dice que está allí contra su voluntad.

CONDESA. Bien puede ser, sí; aunque mucha virtud se necesita para... Basta; no soy inclinada á pensar mal de nadie. Pero de todos modos mire usted bien lo que hace... Ya volveremos á hablar de ella otro dia, ¿sí?; y yo creo que no le serán á usted inútiles los consejos de una amiga desinteresada.

GABRIEL. ¿Cómo dudarlo cuando tanto debo á la generosidad de usted?

CONDESA No se hable de eso. ¿Vamos á continuar mi retrato?

GABRIEL. Con mucho gusto.

CONDESA. Pero ¡cuidado! No vaya usted á confundirme con la otra.

GABRIEL. Señora...

CONDESA. Mucho ganaria yo, en verdad, con que usted me prestase, por distraccion, alguno de sus atractivos.

GABRIEL. ¡Oh! usted no necesita...

CONDESA. Pero, tal como Dios me ha hecho, quiero... lo que pocas; que me retrate usted fielmente: quiero ser yo.—¡Ah! Con nuestro largo coloquio, olvidaba... He mandado venir á mi

apoderado, y le espero de un momento á otro.

GABRIEL. Bien: vendré á otra hora, ó mañana...

CONDESA. No; haré por despacharle pronto. Entre tanto, si tiene usted algo que retocar en el ropaje, en el fondo...

GABRIEL. En efecto... Voy, con permiso de usted...

CONDESA. Hasta luego.

(Se va Gabriel por donde vino. La Condesa abre la puerta del foro).

ESCENA VIII.

LA CONDESA.

Aunque la cara de la moza es para prendar á cualquiera, paréceme que el pobre Gabriel obra con poca cordura en dejarse dominar así por una ciega pasion, y sería lástima por cierto... Pero ¡alto aqui, pensamiento mio! y vamos á cuentas. Pudiera muy bien mezclarse á mi caridad cristiana algun tanto de... De qué diré? De preocupacion?... De egoismo?... ¿De amor acaso? No. ¡Qué locura!... Pero ello es que de buena guna le hubiera yo excusado la confianza que me ha hecho. ¡Ah! no, no; ántes se la debo agradecer, si en efecto peligraba la libertad de mi corazon. Por dicha, es tiempo aun de defenderla y dar á este naciente cariño la direccion que cumple á mi sosiego y á mi decoro.

GREG. *(A la puerta del foro).* El Sr. Don Faustino Oureiro. *(Se retira).*

ESCENA IX.

La Condesa. D. Faustino.

Condesa. Adelante, amigo mio.

D. Faus. Á los pies de usted.

Condesa. Sentémonos.

(*Se sientan.*)

Siento haber incomodado á usted...

D. Faus. ¿Á mí? De ninguna manera. Mi deber es apresurarme á cumplir las órdenes de mi ilustre poderdante.

Condesa. Gracias. Le llamo á usted para decirle que estoy resuelta á comprar esa casita medianera.

D. Faus. ¡En un precio tan exorbitante!

Condesa. Tiene ventanas á mi jardin... No quiero registros.

D. Faus. Pero, señora, poseyendo un palacio, ¡ha de codiciar usted ese tugurio!

Condesa. Por lo mismo que habito un palacio, deseo que tenga todas las condiciones de tal. Ya que no sea todo él de mármol, que harto lo siento, quiero vivir con holgura. Necesito una manzana para mí sola.

D. Faus. Es mucho...

Condesa. Orgullo iba usted á decir; ¿eh? Pues no lo es, que ni en mi casa ni fuera de ella desdeño el trato de ninguna persona honrada, por humilde que sea; pero gusto de vivir con toda comodidad, y miéntras pueda hacerlo sin daño de tercero y sin entramparme....

D. Faus. Con todo, debe usted reflexionar...

Condesa. ¿He de imitar yo á esos ricachos de antuvion que, contando las fincas á docenas, no se atreven á reservarse una para su vivienda?

D. Faus. Pido la palabra para una alusion personalísima.

CONDESA. No lo digo por usted, señor D. Faustino. Usted á lo ménos, no la echa de personaje...

D. FAUS. Ni quiero, ni lo soy. ¡Buena gana!

CONDESA. Usted es un bendito... Una especie de filósofo...

D. FAUS. Sí; á mi manera.

CONDESA. En fin, hoy compro la casa.

D. FAUS. ¡Para demolerla mañana!

CONDESA. Eso mismo.

D. FAUS. Pero ¿está usted en su juicio? ¡Diez cuentos de reis por una casuca que apénas tendrá de terreno mil piés superficiales!

CONDESA. No se canse usted: es cosa decidida.

D. FAUS. Pero, siquiera, véala usted primero. Yo tambien la administro...

CONDESA. La veré, solo por complacer á usted; pero es excusado... ¡Sobre que la he de echar abajo!

D. FAUS. Quizá no sea necesario; ¿y quién sabe si viéndola mudará usted de parecer?

CONDESA. No lo creo.

D. FAUS. ¡Qué lástima de dineral tan mal empleado!

CONDESA. ¡Oh! ¿Y lo estará mejor el que usted atesora y guarda con cien llaves?

D. FAUS. ¡Qué! ¿Serán reprensibles á los ojos de usted la prudencia y la sobriedad?... De cuando acá no ha sido la economía una virtud y el lujo una calamidad?

CONDESA. ¿Tambien usted es de los que declaman contra el lujo, y tiene por réprobos á todos los que gastan con garbo y esplendor lo que es suyo?

D. FAUS. ¿Y quién duda que el lujo estraga las costumbres...

CONDESA. ¡Cómo...

D. FAUS. No sé dé usted por aludida: todas las reglas tienen excepciones...

CONDESA. ¡Qué vulgaridad! Por todos los caminos sabe el demonio salirnos al encuentro. Ni yo sostendré que el lujo sea una virtud; pero puede ser muy disculpable para con Dios, y muy meritorio para la humanidad. Con él se fomentan las artes, circula el numerario y se da de comer á muchas familias,

que perecerian si todos los ricos diesen en ser tan cautos y tan económicos como quiere usted que lo sean.

D. Faus. Todo extremo es vicioso, señora Condesa. No crea usted que yo lo guardo todo... Hago algunas limosnas...

Condesa. Yo tambien, y es cosa muy santa; pero en general las tengo por ineficaces... y hasta nocivas más de una vez. Si cuantiosas, halagan la ociosidad; si mezquinas, á nadie remedian, y ántes suele obtenerlas el vicioso importuno, que el verdadero necesitado.

D. Faus. Pero basta la buena intencion...

Condesa. Usted dirá lo que quiera, y si es menester traerá en apoyo de su opinion cien textos venerables, pero digo y sostengo que el lujo, como yo le entiendo, está muy léjos de ser una abominacion, que es inevitable en la culta sociedad, y que despues de la de Dios, es la providencia de los pobres.

D. Faus. Por lo ménos, es un caballero muy atildado, muy brillante, muy rumboso; y la avaricia de que usted me reprende, una dueña astrosa, huraña, insociable y puerca.

Condesa. ¡Oh! yo no he dicho...

D. Faus. Así nos la pintan, y así es por lo regular pero la mia...

Condesa. Usted no necesita justificarse...

D. Faus. ¿Y lo pretendo por ventura? Si señora, soy avaro: ¿por qué he de negarlo? Pero mi amor al dinero no es un vicio sórdido y despreciable, sino una pasion íntima, vehemente... sublime. Yo no he acumulado mi oro con usuras, ni bajezas, ni delitos. Lo he adquirido con el sudor de mi frente, un cruzado tras de otro, y á expensas de mi regalo, de mi sueño y de mi salud. Como bien de tan subido precio—¿y para quién no lo tiene?—como ganado á tanta costa, le trato con religioso respeto, con pudoroso cariño; en fin, como el más pulcro y rendido galan á la más honesta dama.

Condesa. ¿Qué dice usted? ¡Cómo á una dama!...

D. FAUS. Si señora; ¿ y hay objeto más digno de ser amado que ese precioso metal? ¿No es la metáfora más general y más apropiada de que nos servimos cuando queremos ponderar la bondad de una cosa ó el mérito de una persona? ¿No oimos decir á cada momento: limpia como el oro, pura como el oro, eso es oro molido, vale más oro que pesa, no lo daria por todo el oro del mundo, oros son triunfos, *domus aurea*... Sí, sí; soy avaro, y con entusiasmo, con delirio.—Pero tengo conciencia, y nunca me ha tentado esa vil y detestable codicia que á otros atosiga; por ejemplo, al dueño de la finca en cuestion. Si yo fuese tan ruin como él, hubiera admitido el diez por ciento que usted me ofreció por administrarle su patrimonio; y bien ve usted que me contento con el tres, porque las rentas son pingües, saneadas, y no vale más mi trabajo.

CONDESA. ¿Se ha visto hombre más original?

D. FAUS. Más digo; de balde lo haria por lo buena y lo amable que es usted. ¡Así no fuera tan despilfarrada!

CONDESA. Gracias, mi buen amigo.

D. FAUS. Pero mi oro de mi alma se me quejaria si le privase de un legítimo incremento, y á mi me gusta verle crecer, crecer... Porque solo de una manera puede aumentarse la belleza del oro.

CONDESA. ¿Cómo?

D. FAUS. Siendo mucho.—Y sin embargo, y aunque le parezca á usted increible, hay tal vez en mi corazon un fondo inagotable de ternura.

CONDESA. ¿Será posible...

D. FAUS. Pero á falta de una mujer que lo cautive, ó ó de un amigo digno de este nombre... ¡algo he de amar!

CONDESA. Pero ni parientes siquiera...

D. FAUS. Tengo pocos; y no los he tratado; y como he viajado tanto, no sé donde paran, ni me importa mucho; porque huérfano y desvalido desde mi adolescencia, á ninguno de ellos he

tenido que agradecer una sed de agua. Sin embargo, cuando á mi regreso de América establecí casa de giro en Oporto, acogí en ella un sobrino, huérfano tambien; pero no quiso seguir como yo la carrera del comercio; se lo reprendí; se atufó; tomó el portante, y no he vuelto á saber de él desde entónces.

CONDESA. Es estraño haber llegado usted á la edad madura sin que le haya agradado ninguna mujer.

D. FAUS. Sí tal; amores tuve en mi juventud, pero... ¡no fui dichoso en ellos!..., y por lo mismo... (*Levantándose*). Diré pues al dueño de la casa...

CONDESA. (*Levantándose*). Que me quedo con ella.

D. FAUS. No por cierto: no nos precipitemos. Bastará decirle que no estan ustedes muy distantes de entenderse; que espere un par de dias la resolucion de usted; que verá usted la finca y la reconocerá un arquitecto...

CONDESA. Bien; como usted quiera.

D. FAUS. El caso es que aquel miserable vive léjos, y mi casa no está muy cerca. Si me permitiera usted escribirle aquí...

CONDESA. ¿Por qué no? Ahí tiene usted lo necesario... Yo voy á mi tocador... Esta tarde iré á ver la casa.

D. FAUS. Muy bien: así lo prevendré á los inquilinos. ¿Á qué hora?

CONDESA. Á eso de las cinco.

D. FAUS. Yo haré por estar allí...

CONDESA. Tanto mejor. Hasta luego. Ya ve usted que le trato con confianza.

(*La Condesa entra en la misma pieza de donde salió: D. Faustino la saluda con una reverencia y se sienta á escribir*).

ESCENA X.

D. Faustino.

«Señor D. Nicomédes Coutiño. Muy señor mio.»¡—Capricho mas estravagante! (*Sigue escribiendo en silencio*). En vez de alquilar, como debia hacerlo, las cuatro quintas partes de este inmenso caseron... (*Vuelve á escribir*). ¡Vanidad!! Locura!... (*Escribiendo y hablando*). Su seguro servidor que sus manos besa, Faustino Oureiro.»—Cerremos la carta. (*Lo hace*). Y el otro bribon, que se aprovecha... El sobre... (*Lo escribe*).

ESCENA XI.

D. Faustino. Gregorio.

Greg. Señor D. Faustino...

D. Faus. (*Levantándose*). ¿Qué hay?

Greg. Su criado de usted trae esta carta... (*Muestra una*).

D. Faus. ¿Y habia tanta prisa de...

Greg. Como el sobre dice, urgente...

D. Faus. (Urgente! ¿De quién será...) Venga pues, y que lleve esta otra á su destino. (*Toma la carta que trae Gregorio y le da la que acaba de escribir*).

ESCENA XII.

D. Faustino.

Veamos. (*Abre la carta y lee*). «Señor don Faustino Oureiro. Muy señor mio: una persona que se interesa mucho por la honra y la

tranquilidad de usted, aunque no tiene el gusto de tratarle...» ¿Qué es esto? «Viéndole al borde del abismo, ha resuelto por caridad arrancar de sus ojos la venda que le ciega. Si no quiere usted ser víctima de la intriga más execrable, renuncie á la mano de la Condesa...»—¿Cómo á su mano?—«Y guárdela Su Excelencia, si aun tiene un resto de pudor, para el galan con quien en dulce y secreta intimidad...» ¡Gran Dios! «Se burla de la credulidad de usted, y se prepara á derrochar alegremente en pocos meses lo que ha ahorrado usted en tantos años.»—¿Será posible?... Nadie firma... ¡La Condesa amores ocultos!... ¡La Condesa proyectos tan vergonzosos!... Por lo que hace á mí ha errado el golpe el piadoso anónimo. ¿Y no pudiera engañarse, ó mentir lo mismo en lo demas? Sí, sí. ¡Calumnia! ¡Infamia!... Es preciso que ella lo sepa, y al momento, para que averigüe quién es el villano detractor y lleve su merecido.—(*A la puerta del tocador*). ¡Condesa! ¡Señora Condesa!

ESCENA XIII.

D. Faustino. La Condesa.

Condesa. ¿Quién llama... ¡Ah! ¿qué ocurre...

D. Faus. Una iniquidad horrible. Vea usted lo que han tenido la avilantez de escribirme.

Condesa. Pero yo...

D. Faus. ¡Lea usted, lea usted!
(*Toma la carta la Condesa y lee para sí*).
(¡Qué ha de haber manos para eso, Dios mio!)

Condesa. ¡Cielos!...

D. Faus. Excuso decir á usted que yo no creo tan negras imposturas.

Condesa. ¡Alma baja! ¡Índole perversa! ¡Ruin venganza!

D. Faus. Es muy justa la indignacion de usted...

Condesa. ¿Mi indignacion? Honraria con ella á tan cobarde adversario. No; solo me inspira desprecio y repugnancia.

D. Faus. Con todo, examine usted la letra, y quizá descubra...

Condesa. Es inútil. El traidor se habrá valido de otra mano, ó habrá disfrazado la escritura. Mejor es hacer pedazos este inmundo libelo. (*Rompe la carta y tira los pedazos*).

D. Faus. ¡Mal hecho! Yo conservaria el cuerpo del delito...

Condesa. ¿Para qué? Confio en que no quedará impune sin que yo persiga al reo, aunque sospecho quién puede ser. No se elude y escarnece la justicia de Dios como la de los hombres.

D. Faus. En verdad es incomprensible un placer tan solitariamente necio como el de injuriar así al prójimo.

Condesa. Para darle tal vez un triunfo cuando se le queria dar una pesadumbre. Dígalo yo que veo con singular satisfaccion el calor con que usted defiende mi reputacion contra los tiros del resentimiento y la envidia.

D. Faus. Hago lo que debo...

Condesa. Y sin embargo, ha de saber usted, amigo mio, que si el orígen de la aleve carta ha sido algun chisme doméstico, fundamento ha habido para él.

D. Faus. ¡Cómo!...

Condesa. Sí, señor, y á fe que me esta bien empleado lo que me pasa por mi ligereza y mi irreflexion.

D. Faus. ¡Señora...

Condesa. Como usted lo oye. Yo recibo secretamente á un jóven... y por cierto de muy gentil presencia.

D. Faus. ¡Oiga! ¿Con que...

Condesa. Pero no es un amante.

D. Faus. ¡Ah! ya comprendo. Algun hermano...

Condesa. Tampoco.

D. Faus. Algun proscrito...

CONDESA. Nada de eso. Un pintor de mucho talento á quien he mandado hacer mi retrato.

D. FAUS. ¡En sesion secreta!

CONDESA. Pues; para regalárselo á mi mamá, sorprendiéndola con él pasado mañana, que son sus dias.

D. FAUS. La causa de ese misterio es plausible; pero...

CONDESA. En la última exposicion vi un cuadro, á mi parecer de mucho mérito, y tambien á juicio de personas más inteligentes que yo, aunque colocado, como de artista sin nombre, en lugar subalterno y á mala luz. Un amigo me hizo conocer al autor, le compré el cuadro en lo que quiso pedirme por él...

D. FAUS. ¡Siempre manirota!

CONDESA. Como me propuse desde luego protegerle, le encargué, como he dicho, mi retrato, y lo hace reservadamente, no solo porque mamá no sepa nada hasta que lo vea concluido, sino porque me prometo que todos mis amigos y relacionados han de admirar la obra, y atribuirla quizá á alguno de nuestros primeros pintores, contribuyendo así á la celebridad del verdadero artista.

D. FAUS. ¡Ah Condesa! Tiene usted un corazon... ¡de oro!

CONDESA. Ahora confieso que he errado, aunque con la mejor intencion, y quiero enmendarme. No más misterios. Tarde ó temprano mi protegido se hará lugar, lo espero, entre los conocedores, sin darlo yo á que me desuellen viva los necios y los malvados.

D. FAUS. ¡Bien, señora! Apruebo...

CONDESA. Va usted á conocer á mi ahijado. (*Abriendo la puerta del tocador*). Venga usted...

ESCENA XIV.

D. Faustino. La Condesa. Gabriel.

Gabriel. Señora... ¡Qué veo!

D. Faus. ¡Gabriel!

Gabriel. ¡Tio!

Condesa. ¡Cómo! ¿Es este...

D. Faus. Si; el sobrino de que hablaba á usted hace poco.

Condesa. ¿Y no le recibe usted en sus brazos?

D. Faus. Ya ve usted que él tampoco se da mucha prisa á abrirme los suyos.

Condesa. ¡Eh! abrácense ustedes, y no más rencores.

Gabriel. Porque usted lo manda...

D. Faus. Porque usted no diga...

(Se abrazan con tibieza).

Si nos separamos, fué por culpa suya.

Gabriel. Así será, pero no tengo motivo para arrepentirme...

D. Faus. Yo no le eché de mi casa.

Gabriel. Cierto, pero me fuí, porque en ella hubiera muerto tísico.

D. Faus. No quiso seguir la carrera del comercio...

Gabriel. ¡Si; desde hortera, sujetándome á barrer la tienda y á otras mecánicas...

D. Faus. Así lo hice yo, y soy tan bueno como tú. ¡Oiga!...

Gabriel. No erá esa mi vocacion, sino la de artista. Mis pensamientos eran más elevados.

D. Faus. ¡Pues ya!, y mas románticos...

Gabriel. Para usted mismo, hombre acaudalado y sin hijos, era indecoroso el noviciado á que quiso sujetarme.

D. Faus. ¡Oh! sí; mejor hubiera hecho en mimarte y regalarte como al hijo de un personaje...

Gabriel. ¿Quién dice tal?

D. Faus. Estos jóvenes del dia quieren que todo se lo den cocido y amasado.

GABRIEL. Yo no...

D. FAUS. Todo menos trabajar.

GABRIEL. ¿Y de qué aspiro yo á vivir, sino de mi trabajo? ¿Le he pedido á usted nada en siete años de ausencia?

D. FAUS. En verdad que no, y te lo agradezco mucho.

CONDESA. ¡D. Faustino!...

D. FAUS. Pero ¡ni una mala carta!

GABRIEL. Ni creí que las echase de menos mi caro tio, ni me sobraba el dinero para franquearlas como hubiera sido forzoso para que usted las quisiese recibir.

CONDESA. ¡Gabriel!... ¡Por Dios... Nadie diria que son ustedes tio y sobrino.

D. FAUS. No congeniamos.

CONDESA. Pero pongan ustedes término á las pullas y á las reconvenciones, siquiera porque yo se lo ruego.

GABRIEL. ¡Ah! sí; perdone usted...

D. FAUS. ¿Y cómo te has gobernado para llegar á ser en tan pocos años un pintor sobresaliente, segun me dice esta señora? Verdad es que ya eras buen dibujante...

GABRIEL. ¿Cómo? Frecuentando, á costa de mil privaciones, las mejores escuelas de Portugal y del estranjero; viajando á pié por montes y valles y arrostrando soles y nieves para estudiar la naturaleza; ganando á veces el pan como cavador ó como peon de albañil, miéntras no pude ganarlo con mis lápices y mis pinceles; dándome, en fin, aliento y perseverancia mi ardiente fe, mi inflexible voluntad, y mi confianza en la Providencia divina.

CONDESA. (*Dándole la mano*). ¡Bien, amigo, bien! Eso es ser hombre, eso es ser artista.

D. FAUS. (*Apretando tambien la mano á Gabriel*). ¡Bravo! Tienes un corazon entusiasta como el de tu tio; aunque habiendo seguido otro rumbo te luciria más el pelo. Tanto mejor si ya puedes bandearte por ti solo; pero, basta que esta señora te estime y proteja, para que yo, olvidando rencillas, te ayude con

mucho gusto en lo que pueda. Cuenta desde hoy con la puchera y ropa limpia.

GABRIEL. Gracias. Usted seguirá las horas canónicas del antiguo régimen, y los artistas aborrecemos todo lo que sea campana, sujecion, disciplina.

D. FAUS. Mi casa es reducida, un entresuelo...; lo que basta para mí; pero veré de acomodarte...

GABRIEL. Lo estimo en el alma; pero es excusado que usted se moleste. Yo necesito luz, espacio, aire... ¡Un entresuelo! Eso es vivir entre renglones, en cuclillas... Prefiero mi sotabanco sobre ciento diez y siete escalones.

D. FAUS. Pues ya; la elevacion de tus pensamientos... ¿Lo ve usted, Condesa? No se puede hacer bien; no se puede querer á nadie en este mundo.—Pues, hijo mio, vive á tus anchas; ó por mejor decir, á tus altas, y buen provecho. Cada uno en su casa y Dios en la de todos.

ESCENA XV.

LA CONDESA. GABRIEL.

GABRIEL. Le pido á usted mil perdones, señora Condesa, por la parte que me ha cabido en escena tan desagradable; pero ¿qué le hemos de hacer? Cuando nacemos no nos dan á elegir los padres, y por consiguiente, tampoco los tios.

CONDESA. Es único en su especie el bueno de D. Faustino; pero á bien que no ha de llevarse á la tumba sus tesoros.

GABRIEL. ¡Eh! ¿qué me importa? El único tesoro á que yo aspiro...

CONDESA. Es la Niña del Mostrador.

GABRIEL. Ah! Sí... Y hoy no la he visto todavía, y aun tengo que ir á asearme... Si usted me permitiera...

CONDESA. (¡Oh!) Sí; ya es tarde, y yo tambien tengo que hacer. (*Tira del cordon de la campanilla*).

GABRIEL. Corta ha sido hoy nuestra sesion.

CONDESA. Mañana desquitaremos el tiempo perdido.

ESCENA XVI.

LA CONDESA. GABRIEL. GREGORIO.

CONDESA. El sombrero del señor.

GREG. (¡Ah!)

CONDESA. En mi tocador.

ESCENA XVII.

LA CONDESA. GABRIEL.

GABRIEL. Pues ¿cómo...

CONDESA. Se descubrió nuestro inocente secreto.

GABRIEL. (*Besando la mano á la Condesa*). Adios, mi bella madrina.

ESCENA XVIII.

LA CONDESA. GABRIEL. GREGORIO.

GREG. (*Volviendo con el sombrero*). (¡Ah!)

(*Gabriel toma el sombrero, saluda y se va por el foro*).

CONDESA. (*A Gregorio*). Vete.

GREG. (*Yéndose*). (¡Oh!...)

ESCENA XIX.

LA CONDESA.

¡La Niña del Mostrador!... (*Breve pausa*). ¿Y podrá se feliz con ella?... Una lágrima...! (*Enjugándose los ojos*). ¡Oh Dios mio!... ¿Será de compasion..., ó de despecho? No, no; yo deseo cordialmente su ventura. (*Alzando los ojos*). Acordádsela, Señor, tan cumplida como merece; pero no á costa de la mia. Sacad triunfante mi razon de esta lucha. Apagad, que vos todo lo podeis, esta naciente llama, ó templadla de suerte que pueda yo querer á ese jóven sin sonrojarme, y verle en brazos de otra sin aborrecerle. (*Vuelve á su tocador*).

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un café. Puerta en el foro, que es la que dá á la calle: otra á la izquierda delante de un mostrador donde habrá botellas, vajilla etc.: en el mismo lado, cerca del foro, otra puerta, que guia á la cocina y á la repostería, y por donde entran y salen los mozos cuando tienen que servir bebidas heladas ó calientes. En el mostrador se sirven los licores, bizcochos y azucarillos. A la derecha otra puerta, que conduce á la pieza de billar y otras. A la parte de adentro del mostrador, habrá un elegante sillon destinado á Narcisa, y cerca de él una modesta butaca, que D. Pancracio ocupará cuando no tenga que levantarse para cumplir algun pedido de los mozos.

ESCENA I.

D. Pancracio. Ruperto. Lucas. Isidro. D. Martin. Un mozo. Concurrentes.

(Al levantarse el telon aparece D. Pancracio sentado en su butaca; Ruperto, Lucas é Isi-

dro de pié, en el proscenio, con paños de lienzo al hombro: otro mozo está sirviendo helados á dos concurrentes, que tambien aparecen sentados á una mesa: en otra juegan al dominó dos pacíficos y taciturnos ciudadanos: D. Martin se entretiene más allá leyendo un periódico. Durante la primera escena entran algunos concurrentes más, de los cuales, unos pasarán á las piezas de la derecha, y otros se situarán en la que figura el escenario. Tambien se dejará ver y recorrerá las mesas un chicuelo vendiendo fósforos, jabones de olor y otras baratijas, desapareciendo luego por lo interior y volviendo á la escena ad libitum. *Por último, otros personajes mudos entrarán y saldrán durante el acto, como lo disponga el director de escena).*

LUCAS. Pocos parroquianos tenemos hoy todavía.

ISIDRO. Aún es temprano. Hasta cosa de las dos no empieza esto á animarse.

RUPERTO. No hace muchos dias que ni á esa hora ni á ninguna entraba aquí apénas alma viviente; como que yo solo bastaba y sobraba para dar avío á todo; pero desde que tuvo D. Pancracio el feliz pensamiento de traer aquí á la bella Narcisa, para ponerla de prespetiva... y así, como si dijéramos de portagonista del mostrador, los cuatro mozos de aquí y los tres de adentro somos pocos aún para servir á tanta gente.

ISIDRO. ¡Lo que vale un buen palmito!

RUPERTO. A todos nos ha tenido cuenta. El amo, ¡mirad qué orondo está y qué satisfecho en su poltrona!, y nosotros vamos haciendo nuestro agostillo con las propinejas, amén de otras aldealas... Ayer domingo vendí yo solo dos cajones de cigarros.

LUCAS. Solo ella, la portagonista, como tú dices, parece que mira... así, con indiferencia, por no decir con repugnancia, su mucho mérito y su alta posicion.

ISIDRO. En efecto, me parece que no es para el paso. Muy bonita, eso sí; pero tan séria, tan

parada... Cobra, baja los ojos, se pone hecha un ascua cuando le dicen algun requiebro...; y pare usted de contar. Así, bien podrá hacer la fortuna de D. Pancracio, pero la suya propia, ¡harto será!

LUCAS. Es que la infeliz, se conoce que viene de muy mala gana.

RUPERTO. ¿Qué sabes tú?

LUCAS. Á la legua se conoce que su padre la trajo aquí, quieras que no, por la chupamelona de los 2500 reis diarios que se embolsa, el muy judio, sin contar los almuerzos de grátis y café y sorbetes y ponche á discrecion.

RUPERTO. ¿Y qué mal hay en eso? Ella le gana sin trabajo ese dineral, y además se ve ausequiada y adorada por la nata y flor de los elegantes. Verás cómo el dia ménos pensado saca novio...

ISIDRO. ¡Sí, novio!

LUCAS. Pero, ¿es posible que un padre especulice así con su hija? Eso es cosa que estremece.

RUPERTO. ¡Ca!

(Han entrado y sentádose otros varios sujetos, y uno de ellos dá un golpe sobre la mesa).

ISIDRO. Allá voy.

(Escena mímica entre Isidro y el que ha llamado, figurando que éste pide algo. El mozo vá en seguida al mostrador, tiene otra escena semejante con D. Pancracio, le paga anticipadamente lo que recibe, y vuelve con ello á servir á dicho parroquiano. Juegos mudos por este estilo se ofrecerán de cuándo en cuándo hasta las últimas escenas del acto).

LUCAS. ¡Cómo! Pues...

RUPERTO. Pasa por padre, pero no lo es de nativitate. Quiero decir...

LUCAS. Sí! Ya me figuraba yo... ¿Si la habrá alquilado el señor Bernardo para luego subarrendarla al amo? No lo extrañaría, porque se vén tales industrias en Lisboa...

RUPERTO. Nada de eso. El y su difunta mujer de él la recogieron y aprohijaron cuando estaba en mantillas.

LUCAS. ¡Calla, hombre! ¿Conque...

RUPERTO. Es toda una historia. El mismo Bernardo me la contó un dia...

LUCAS. Dime, dime...

RUPERTO. Entre dos luces...

LUCAS. Al anochecer; sí.

RUPERTO. No; no era el dia, sino Bernardo, el que estaba entre dos luces.

LUCAS. Ya.

RUPERTO. Pues me contó... Pero no lo digas á nadie.

LUCAS. Pierde cuidado: no saldrá de este pecho.

RUPERTO. Es el caso que él y su mujer, mercaderes ambulantes, viniendo á Lisboa con sus lienzos, y atravesando al rayar el alba un pueblo de esta comarca, acertaron á ver en la puerta de la iglesia una criatura abandonada; ó por mejor decir, la oyeron llorar, y acudieron, y les dió lástima, y la recogieron, y continuaron con ella su camino.

FOSF. Cerillas finas. Pastillas de olor.

LUCAS. Bien hecho: aquello fué una obra de caridad, pero esto...

RUPERTO. Es de advertir que la mujer habia perdido el dia ántes su cria de ella, que fué buena casualidad...

LUCAS. No; dí que así lo dispuso la Providencia.

RUPERTO. Pues, como iba diciendo, se la trajeron consigo á Lisboa, y á causa de no haber vuelto á tener hijo ninguno aquella buena mujer, la tomó cariño; y como nadie hasta la presente les ha reclamado la niña, la criaron y adoctaron como hija; y por cierto que miéntras vivió la honrada lencera se sacrificó y se desvivió por educarla como á una señorita; y con fruto, porque la chica ha sacado un talento...

LUCAS. ¡Qué excelente mujer!

RUPERTO. Pero Dios se la llevó, hará unos dos años, cuando la huérfana era ya mocita.

LUCAS. Eso me aflije, como soy Lucas.

RUPERTO. Bernardo, que la respetaba, porque era mujer de mucho gobierno y de más chirúmen que él, tenía un poco á raya sus vicios

miéntras aquella vivió; pero despues se dió á la holgazanería, al juego...; disipó en poco tiempo todo lo ahorrado; vendió hasta los muebles...

LUCAS. Sí; ya sé que era un perdido.

RUPERTO. Llegó pues al extremo de no tener ausolutamente con que mantener á Narcisa; y á mí me costa el saberlo, porque en el billar de trueno donde serví ántes de venir á este café, le ví perder el último pataco. Ahora bien, ¿la habia de plantar en la calle?

LUCAS. ¡Eso no!

RUPERTO. ¿La habia de poner á servir?

LUCAS. ¿Qué sé yo! Ménos malo hubiera sido eso.

RUPERTO. ¡Pues! condenar á la escoba y al estropajo aquellas manos delicadas; servir la que puede ser señora; ganar un miserable salario, pudiendo nadar en oro si ella quisiera... ¡Quita allá! Tú no eres de este siglo.

LUCAS. Si soy; pero...

RUPERTO. Y, vamos, ¿á tí qué te vá ni te viene... Tú no la has sacado de pila.

LUCAS. Con todo...

RUPERTO. Y en fin, cada uno hace de su capa un sayo; y para algo ha criado Dios las muchachas bonitas; y cuando pasan rábanos...

D. MART. ¡Mozo!

RUPERTO. Allá voy.

(*Golpean en otra mesa*).

LUCAS. Voy al instante.

(*Acuden Ruperto y Lucas adonde los llaman*).

D. MART. Candela.

RUPERTO. Bien está.

LUCAS. Al momento. (*Vuelve luego á servir cerveza y agua de limon en la mesa adonde ha acudido*).

ESCENA II.

Los precedentes. Narcisa.

(Narcisa llega por la puerta de la izquierda mas próxima al proscenio, vestida con lujo extremado, de manga corta y flores en la cabeza. Todos los concurrentes, menos D. Martin y los que juegan al dominó, fijan su atencion en ella y cuchichean entre sí. D. Pancracio y Narcisa hablan á media voz).

D. Panc. ¡Hola! ¡Es usted, Señorita!

Narc. Buenos dias.

D. Panc. Tardes dirá usted.

Narc. Bien; buenas tardes.

D. Panc. Mucho nos escatima usted esa linda cara.

Narc. No he podido venir antes.

D. Panc. ¡Hum! Parece que la niña se nos va haciendo un poco remolona.

Narc. (¡Dios mio...!) No ha sido voluntaria mi detencion.

D. Panc. Habrá sido quizá causa de ella el Sr. D. Bernardo.

Narc. No, señor.

D. Panc. Pues á fe que bien listo anda para cobrar el *cum quibus.*

Narc. ¡Don Pancracio!...

D. Panc. Ya le diré yo que eso no es lo tratado.

Narc. (¡Oh rubor!) No hay que achacar ni á mí ni á él mi tardanza, sino á usted mismo.

D. Panc. ¡Cómo!

Narc. Ha querido usted que hoy estrenase otro vestido...

D. Panc. ¡Ahi verá usted si soy espléndido y generoso!

Narc. Y he estado esperando á la modista...

D. Panc. Tambien le diré yo á esa madama cuántas son cinco.

Narc. ¡Ah! Si de mi dependiera, crea usted que no lo haria yo esperar.

D. Panc. Gracias, perla. Vas siendo amable... Así me gusta.

Narc. (¡Me tutea el villano!)

D. Panc. ¿Conque si por ti fuera, no te esperaria...

Narc. No; porque no vendria ni temprano ni tarde.

D. Panc. ¡Oiga! ¿Esas tenemos? Apénas se da importancia el arrapiezo... Pues no hay que engreirse tanto, que si ella no está satisfecha, no ha de faltar quien la reemplace.

Narc. ¡Oh! Si Dios oyera mis súplicas...

D. Panc. Pero ántes nos veriamos las caras su padre y yo.

Narc. ¡Ay! no; por la Vírgen santa...

D. Panc. Y usted y él serian citados ante un juez.

Narc. ¡Basta!...

D. Panc. Y veríamos si se elude así como quiera un contrato formal.

Narc. ¡No más, D. Pancracio! ¡Por Dios, no diga usted nada á mi padre! Se enfureceria contra mí, y tiemblo de imaginar... No; perdone usted si le he dicho algo que pueda ofenderle. Dígale usted que soy obediente y sumisa; pero ¡ah! séame permitido exigir de quien no es mi padre, que utilice en buen hora mi resignacion; pero que no me humille; ¡que harto humillada estoy ya!; que respete mi infortunio, ¡ay! no merecido; que no lo haga mayor, en fin, arrastrándome á la desesperacion.

D. Panc. (¡Diablo, qué fervor y qué energia! Bien, Narcisita, no hay que atufarse. (¡Y parecia una mosquita muerta!) En parte, tiene usted razon: yo no la he tenido para reprenderla... Vaya ¿no ocupa usted su sillon?

Narc. (*Llorosa y despues de un suspiro*). Sí.

D. Panc. Pero esas lágrimas... ¡Ea, valor! ¿Qué van á decir las gentes...

(*Narcisa se sienta en el sillon, y poco despues se encarga de la recaudacion, quedando al cuidado de D. Pancracio el servicio mecánico. Entran Don Policarpo y D. Marcial, y se sientan*).

ESCENA III.

Los precedentes. D. POLICARPO. D. MARCIAL.

D. PANC. (No conviene exasperarla, porque en un Lisboa, bien la podria suplir con otra tan bonita como ella, pero tan simpática, dificilmente).

D. POLIC. (*Dando un golpe en la mesa*). ¡Muchacho!) (*A D. Marcial*). Elegantísima está hoy la Niña del Mostrador.

ISIDRO. (*Acercándose*). Presente.

D. MARC. Pero triste, como de costumbre, ojerosa...

D. POL. Un ponche á la romana.—¿Tú?

D. MARC. Yo, una copa de rom.

NARC. (¡No ha venido todavia! ¿Qué le habrá ocurrido?)

FOSF. Fósforos finos.

D. MARC. Lo de triste es en ella condicional. Que venga el pintorcillo, y verás cómo se animan aquellos ojos modestamente velados por sus largas y negras pestañas; verás cómo sus labios, grave y pudorosamente fruncidos, abren paso á alguna blanda sonrisa, y tal vez á alguna seña furtiva. Ella afecta esa compostura inverosímil, *deplacée*; pero me atengo al refran: ¡no es oro todo lo que reluce!

D. POL. Sin embargo, su mal disimulada predileccion por el oscuro artista, prueba á lo menos que es desinteresada.

D. MARC. Podrá serlo para con él; pero eso no obsta...

D. POL. Tambien nuestro amigo Joaquin ha dado en hacer cocos á la niña.

D. MARC. Pero me parece que gasta la pólvora en salvas.

D. POL. Lo malo es no tener otra cosa que gastar.

D. MARC. Ya tarda.

D. POL. Estará galanteando á la Condesa cuya mano solicita.

D. Marc. ¡Oh! él no pierde ripio...
D. Pol. Chit... Ya le tenemos en campaña.
(*Entra D. Joaquin y en seguida algunos otros concurrentes*).

ESCENA IV.

Los precedentes. D. Joaquin.

D. Joaq. (*Encaminándose directamente al mostrador*). (Hoy ó nunca).

D. Marc. (*Levantándose y saliéndole al encuentro*). ¡Eh...! Aquí estamos. ¿Cómo es que te pasas de largo?

D. Joaq. (*Bajando la voz*). Déjame. Estoy en vena y voy flechado á acabar de flechar á esa pobrecilla. (*D. Marcial vuelve á sentarse.*) (¡Condesa inícua!) El anónimo hará su efecto; pero eso no basta á mi venganza: es preciso ajar su amor propio con mi nueva conquista... Manos á la obra). (*Se acerca al mostrador*). ¡Bella Narcisa!

Narc. ¿Quiere usted que le sirvan algo, caballero?

D. Joaq. Yo soy quien se honraria mucho siendo rendido siervo de tan perfecta hermosura.

Narc. Mil gracias por la lisonja.

D. Joaq. No, alma mia, no es lisonja. Es usted el númen de este templo: todos la admiran; y yo, más sensible que todos...

Narc. Caballero... (¡Que sufra yo esto, buen Dios!)

D. Joaq. Desde el dia en que usted se apareció como astro luminoso, mi corazon enamorado...

Narc. Dispense usted que le interrumpa. Yo no le he dado ocasion ni pretesto para producirse conmigo en esos términos; ni un mostrador es un templo; ni una cobradora asalariada puede ser un númen; ni por oir esas adulaciones dejaré yo de ser tan humilde como soy, y tan honrada como debo.

D. Joaq. (¡Miren cómo se sacude! ¡Y con cierta elegancia que me sorprende!) Usted no se hace justicia, prenda adorada...

NARC. (*Dando á uno de los mozos la vuelta de una moneda*). Sobran 40 reis: tome usted.

D. JOAQ ¿Por qué no han de inspirar esos divinos ojos una pasion sincera y vehemente?

NARC. Perdone usted: los mozos me esperan, y si usted me distrae, faltaré á mi obligacion. (*Despacha á otro mozo*).

D. JOAQ. ¡Ah! (Entiendo). (*Ba ando la voz*). Ya veo que ciertas cosas no son para tratadas ante testigos...

NARC. ¡Cómo!

D. JOAQ. Pero es usted demasiado amable para negarme una cita...

NARC. (*Con una mirada de indignacion*). ¡Cita... (¡Insolente!) ¡D. Pancracio!

D. PANC. ¿Qué hay?

D. JOAQ. (Ahora me acusa y alborota el cotarro).

NARC. Este caballero es tan bondadoso, que pudiendo mandarnos desde una mesa, viene al mostrador á honrarnos con sus órdenes; pero yo no puedo servirle, porque tengo que atender á los mozos...

D. PANC. Dice bien: lo primero es la cuenta y razon.

NARC. Y porque... me habla en un lenguaje, que no sé si es griego ó aleman: ello es que yo no lo puedo comprender.

D. PANC. ¿En aleman, Sr. D. Joaquin? Pues ¿no es usted de Coimbra?

D. JOAQ. Yo le diré á usted... (Disimula: no pierdo la esperanza). (*Pasa á colocarse enfrente de Don Pancracio*).

D. PANC. (Algun chicoleo...) Á ver qué cosa...

D. JOAQ. Como ella, por lo visto, no ha oido nunca decir *kirchwasser*... La he pedido una copa de *kirchwasser*.

D. PANC. Si no es más que eso, al momento va usted á ser servido.
(*Toma una botella, la destapa y de su contenido llena una copa, que Isidro sirve despues á D. Joaquin*).

D. JOAQ. (Solo falta que me desahucie tambien esa desventurada). (*Va á sentarse con sus amigos*).

ESCENA V.

Los precedentes. D. BENIGNO. D. ALBERTO. D. REMIGIO.

D. BEN. (*Deteniéndose un poco para contemplar á Narcisa, y lo mismo harán D. Alberto y D. Remigio*).
(¡Deliciosa! ¡Fresca! *Naive*...! Es un idilio).
D. REM. (¡Qué prima dona si cantara!)
D. ALB. (¡Qué tipo para un drama!)
(Se *sientan juntos*).
ISIDRO. (*Acercándose*). ¿Se ofrece algo, caballeros?
D. ALB. Café con leche y tostadas de manteca.
D. REM. Yo, lo mismo.
D. BEN. Yo, chocolate con idem.
ISIDRO. Tardecito almorzamos hoy. (Ya se vé; poetas y músicos)...
D. ALB. ¿Qué quieres decir con eso, gandul?
ISIDRO. ¿Yo, nada... Una ocservacion...
D. ALB. Necia.
D. REM. Disonante.
D. BEN. Absurda.
D. ALB. Cada uno almuerza cuando tiene gana.
ISIDRO. (Ó cuando tiene qué). Yo no lo decia con malicia, sino que... como no es la regla...
D. ALB. Los genios estamos reñidos con todas las reglas, principiando por las de Horacio y acabando por las de la higiene.
(*Vase Isidro y volverá luego á servir lo que le han pedido*).
D. MART. (¡Bravo! Omer-bajá es todo un hombre; y si Schamil derrota, como suele, á los moscovitas entre los riscos y las breñas del Cáucaso...)
FOSF. (*A D. Martin*). Charol fino. Petacas de piel de Rusia.
D. MART. Aparta, blasfemo, ó te denuncio por traficante de géneros ilícitos y contumaces. ¡Si fueran de piel de ruso...

ESCENA VI.

Dichos. D. FAUSTINO.

D. FAUS. (Detesto los cafés porque en ellos no se hace más que perder lastimosamente el tiempo y gastar el dinero en pócimas abominables; pero la sed me abrasa... ¡Cuánto ocioso!... ¿Qué va á que no encuentro donde sentarme? Allí veo una mesa... No calentaré mucho el puesto).
(*Se sienta frente al mostrador, cerca de él, y acude al instante Ruperto*).
¿Qué hay?

RUPERTO. Fiambres, licores, vinos generosos, quesitos, sorbetes, salchichon...

D. FAUS. ¡Hum! ¡Basta! ¡Qué cháchara infernal!

RUPERTO. Como pregunta usted qué hay...

D. FAUS. Como se me planta usted delante, sin haberle llamado, le he dicho: ¿qué hay? Esto es, no ¿qué hay en el café?, sino ¿qué hay de comun entre usted y yo? ¿qué se le ofrece á usted?

RAPERTO. Á mí nada.

D. FAUS. Pues á mí sí. Tráigame usted... Pero ¡calle! yo conozco á este zanguango.

RUPERTO. ¡Qué veo! Mi amo de márras... (Sí, el tacaño de D. Faustino).

D. FAUS. Tú eres...; sí, tú eres aquel criado que despedí por sison...

RUPERTO. Calumnias...

D. FAUS. Romualdo... Ro... Ruperto.

RUPERTO. Servidor. (¡Sison!) Ya hemos convenido en que sisar no es pecado; peor es ser tan cicatero como él, teniendo más oro que hay en las Californias).

D. FAUS. ¿Qué haces ahi hecho un pasmarote? Trae lo que te he dicho.

RUPERTO. ¡Si no me ha dicho usted nada!

D. FAUS. Un vaso de agua.

RUPERTO. ¿Con azucarillos?

D. FAUS. No es menester... (Pero puede que el agua sea de pozo, y bueno será...) Sí; trae un azucarillo.

RUPERTO. ¿No digo? ¡Miren si se despilfarra! (*Va al mostrador, toma el agua y azucarillo y sirve á D. Faustino*).

D. JOAQ. (*A sus amigos*). Cierto; no eran de esperar en ella tantos melindres, y sin temeridad podemos suponer que son calculados; pero así me gustan á mí las bellezas; un tanto esquívas y recalcitrantes. Donde no hay lucha, no hay triunfo verdadero.

D. FAUS. Cobra.

(*Da un toston á Ruperto, y este pone sobre la mesa la vuelta y se retira*). (¡Treinta reis por un azucarillo! ¿Hay conciencia para esto?)

D. REM. Vamos, es preciso que uno de los dos me escriba una ópera para ponerla en música.

D. BEN. Mi musa no pica tan alto: otros retocen con la máscara de Talía, ó vibren el puñal de Melpómene; bastan á mis sencillas y campestres inspiraciones el crótalo de Terpsícore ó el caramillo de Erato.

D. ALB. La independencia de mi estro no puede someterse á la tiranía de pentagrama y al despotismo de la batuta.

D. REM. Yo no exijo...

D. ALB. Y es difícil armonizar el enredo con el contrapunto, la rima con el ritmo, la sinalefa con el calderon, y en una palabra, el músico con el poeta.

(*Siguen hablando en voz baja*).

D. FAUS. (¡Qué hermosa criatura! No habia reparado hasta ahora... ¡Qué ojos! ¡Qué boca! ¡Qué talle!.. ¡Hermosa es de veras!) (*Se queda como embelesado mirando fijamente á Narcisa*).

D. REM. ¿Argumento? Yo os propondré uno y de mucha novedad; fresquito, flamante.

D. BEN. ¿Cuál?

D. REM. La Niña del Mostrador.

D. JOAQ. (¡Diablo de *kirchwasser*, cuando está uno

abrasado... Yo hubiera preferido un sorbete: pero por no desmentir á Narcisa...)

NARC. (Me inquieta ya su tardanza).

D. FAUS. (No acierto á separar mis ojos de aquel agraciado rostro. ¿Qué sensacion desconocida cautiva mi alma y embarga mis sentidos?.. El amor acaso... ¿Qué digo, insensato! ¡Enamorarme yo, á mis años, y de una mujer que no he tratado!.. No; debe de ser lo que siento una fascinacion pasajera, un vértigo producido por la densa atmósfera que me rodea y á que no estoy acostumbrado. ¿Ni qué caso haria de mí tan rara beldad, en la primavera de su vida... Será casada; ó por lo ménos, reinará ya en su corazon otro amante... ¡Otro amante! ¿Luego confieso que yo tambien... ¡Locura! ¡Necedad! Huiré de tí, sirena encantadora, ántes que esa bulliciosa juventud me observe y se ria de mi flaqueza. (*Se levanta*). Al aire libre recobraré la calma, la serenidad... ¡Oh! no puedo..., no puedo... (*Se vuelve á sentar*). No hay valor, no hay virtud capaz de resistir á tan poderoso hechizo.

ESCENA VII.

Los precedentes. BASILIO. JENARO.

(*Los mancebos estranjeros Basilio y Jenaro llegan, el primero con un violin y el segundo con una arpa; se sitúan en el foro y tocan, piano, alguna pieza de música italiana de las más conocidas y populares. Entre tanto, siguen en voz baja las conversaciones particulares y el movimiento anterior de entradas y salidas etc., siendo muy contados los concurrentes que prestan alguna atencion á la sonata*).

D. JOAQ. ¡Eh! ya nos favorecen esos menguados con su cotidiano cencerreo de arpa y violin.

D. MARC. No haria mal D. Pancracio en excusar ese martirio á nuestras orejas...

D. FAUS. (Pero jóven de tal mérito no parece nacida para ese vulgar ministerio, ni la pública exhibicion de tantos atractivos prueba mucha cordura de parte del padre ó del marido... Yo he de averiguar...)

(*Ruperto pasa por cerca de la mesa que ocupa D. Faustino*).

¡Ah! preguntaré á Ruperto...) ¡Muchacho!

RUPERTO. ¿Quién llama?

D. FAUS. Ven acá.—Quién es aquella señorita? ¿Cómo se llama? ¿Qué procedencia...

RUPERTO. ¡Vaya una pesquisa... ¿Por qué no me pregunta usted tambien cuántos años tiene?

D. FAUS. Ya anuncia su cara que no llegan á veinte. Dime...

RUPERTO. (¡Roñoso y preguntón! Pues se ha de quedar con la curiosidad). (*Yéndose*). No sé... No tengo tiempo...

D. FAUS. ¡Oye, hombre! No seas cerril. Te llamaba tambien para darte la propina.

RUPERTO. (*Volviendo*). ¡Ah! Eso es diferente.

D. FAUS. Guárdate esa morralla. (*La vuelta que ántes le dió Ruperto*).

RUPERTO. (*Tomando las monedas*). Gracias.

D. FAUS. Y si eres más complaciente, yo te lo sabré agradecer.

RUPERTO. Estimando. Pues, señor, la chica... (¿De cuando acá tan rumboso? ¿Le habrá entrado Narcisa por el ojo derecho?.. Si, eso es; el amor ha hecho ese prodigio).

D. FAUS. Vamos, habla, hombre; acaba.

RUPERTO. La chica es guapa; ¿verdad?

D. FAUS. ¡Oh! sí; pero...

RUPERTO. De rechupete; pero ahí donde usted la ve, no es nuestra.

D. FAUS. ¡Cómo!

RUPERTO. Quiero decir que es arquilada...

D. FAUS. ¿Alquilada? ¡Horror! ¿Cómo? ¿Para qué?

RUPERTO. ¡Toma! Para nada que peque contra el catálogo: para que dé tono y fama al establecimiento, y nos traiga parroquianos.

D Faus. (¡Adios mis doradas ilusiones! Será alguna perdida...)

Ruperto. (Es millonario, y si picase en el anzuelo, Bernardo se armaria...)

D. Faus. (¡Tan bella, Dios mio, tan niña, y ya sumida en el oprobio!..)

Ruperto. (Mediando yo en el asunto, comeria á dos carrillos...) La pobrecita...

D. Faus. (¿Quién no diria al mirarla que es un dechado de pureza y candor? ¡Si parece increible!... ¿Qué decias?

Ruperto. Le diré á usted *solto voce*... Pero no mire usted tanto al mostrador; que si lo ocserva, sospechará...

D. Faus. Bien... (¡Qué angustia!) Dímelo todo.

(*Siguen hablando aparte. Los dos jóvenes estranjeros han concluido su duo; el del arpa toca solo otra pieza, miéntras el del violin, presentando una caja de hoja de lata, recorre las mesas pidiendo limosna; pero solo tres ó cuatro personas, incluso D Remigio, le dan algunas monedas de cobre*).

D. Alb. No es hasta ahora la presunta heroina personaje bastante dramático; pero es de esperar que algun lance imprevisto, estrepitoso dé relieve á su figura. Entónces...

D. Ben. (*A Basilio, que se acerca*). Á ese, que es músico.

D. Rem. ¡Ah! Si; toma para resina, camaradita (*Le echa unos reis en la caja*).

D. Faus. ¡Basta! No quiero saber más. ¡Infamia! ¡Depravacion!... ¡Infeliz criatura!

Ruperto. Sí; es un dolor... Pero, ya se ve... El desamparo..., la miseria... Si ella tuviese un...

D. Faus. (¿Por qué habré yo venido aquí?)

Ruperto. Un amigo generoso... Vamos al decir...

D. Faus. ¡Calla, demonio tentador!

Ruperto. Yo trato á su padre... ¡Bello sujeto!... Si quiere usted que le presente...

D. Faus. ¡No! No quiero conocer á semejante pícaro.

Ruperto. Corriente. Yo... Como le veo á usted tan apasionado...

D. Faus. ¡Mientes! Curiosidad, nada más...

RUPERTO. Y por hacer una buena obra...

D. FAUS. ¡Vete de aquí, vete, y no te vuelva yo á ver! (*Queda sumido en profunda meditacion*).

RUPERTO. (*Separándose*). (Aun se hace de pencas, quizá por avaricia; pero harto será que él no caiga en la red).

D. JOAQ. (*A Basilio, que llega á su mesa*). ¡Eh! quítese de delante. No gusto de música ratonera.

D. FAUS. (¡Y aun me estoy clavado aquí! ¡Mala vergüenza!... ¿Por qué no me alejo de ella, miserable!... ¡Haber mirado con indiferencia á tantas mujeres honradas, y cegarme así una muchachuela venal... ¿Venal?... ¿Y es culpa mia que lo sea?... ¿Tan galan soy yo que pueda aspirar á otras conquistas... Venal... Tanto mejor: la compraré).

(*En este momento, Basilio, concluyendo su estéril colecta, presenta la caja á D. Faustino*). ¡Aparta! Yo no socorro á holgazanes, vagamundos... ¡A trabajar, ó al hospicio!

(*Vuelve á sus contemplaciones, Basilio enjugándose una lágrima, se dirige al mostrador y presenta la caja á Narcisa*).

NARC. Perdona, hijo mio. ¡Yo nada puedo darte!

BASILIO. ¡Oh signorina! ¡Pietá di noi, póveri orfanelli! (*Mostrando lo que tiene en la caja*). ¡Vedete!... ¡Ah! E la madre ammalata... ¿Che far da si píccola raccolta?

NARC. (*Llorando*). (¡Me parte el corazon!) ¡D. Pancracio!...

D. PANC. ¿Qué hay?

NARC. Socorra usted á esos infelices. Apénas han recogido para un pan. (*Abriendo el cajon*). ¿Les doy...

D. PANC. No. Lisboa es grande, y si en cada café sacan otro tanto...

NARC. ¡Hágalo usted por mí!

D. PANC. No puede ser. Harto hago en permitir que importunen á mis parroquianos.

NARC. Pues bien... (¡Oh Vírgen pura, oh madre de los desamparados, tú me inspiras!) Yo voy á hacer una colecta para ellos.

D. PANC. ¡Muchacha!...

NARC. No me detenga usted, ó diré que es un caribe. (*Sale al escenario*). Dame esa caja.

(*La toma de manos de Basilio, y se coloca en medio del tablado. Este movimiento produce otro casi general de curiosidad en los concurrentes*).

¡Señores!

(*Entre el murmullo general se dejan oir las frases siguientes*).

D. JOAQ. ¡Narcisa!

D. FAUS. ¿Qué veo!

D. ALB. ¡La Niña del Mostrador!

D. POL. ¡Silencio!

NARC. Prestadme un momento de atencion.

VOCES. ¡Silencio!

(*El tañido del arpa ha cesado, y los dos jóvenes italianos, llamados por señas de Narcisa, se juntan á ella*).

NARC. Perdonad, señores, que me atreva á dirigiros la palabra, deponiendo la timidez propia de mi sexo. Si tanta resolucion os sorprende, considerad que yo misma obedezco á un impulso irresistible; al que más imperio ejerce sobre almas cristianas: ¡la caridad! Dios me la infunde en favor de estos desgraciados; y si huérfana yo tambien, como ellos, y oscura, y desvalida, falta elocuencia á mi voz y autoridad á mi persona para ser su intercesora, me anima la seguridad de que no en vano imploro indulgencia para mí á vuestra galantería; misericordia para ellos á vuestra generosidad.

(*Muestras de general aprobacion y viva simpatía que irán en aumento durante el discurso de Narcisa*).

Distraidos, ó preocupados con otras ideas, no habeis fijado en ellos vuestros ojos... quizá porque no han acertado á lisonjear vuestros oidos. Si las cuerdas de esos instrumentos han hecho vibrar las de mi corazon, no es ciertamente por la magia de sus acentos. ¿Qué importa? Siempre es meritorio el ejercer mal ó bien un arte tan noble como

malagüeña; siempre es de apreciar que no sigan el ejemplo de tanto haragan mendigo, y que remuneren del único modo que pueden la limosna que les dan. ¡Oh! ¿Y sabeis quiénes son estas interesantes criaturas? No los han traido, no, á tan lastimoso estado la desaplicacion, la vagancia, el vicio. Son honrados; yo lo sé; son bien nacidos; son víctimas inocentes de trastornos y revoluciones en que no han tomado parte. Mártir de sus creencias políticas, han visto morir á su padre en tierra extranjera; su madre yace enferma sobre inmunda paja en desabrigado y oscuro desvan, y su hermano mayor murió peleando como bueno por la independencia de su patria.

(Murmullo de aprobacion más pronunciado que el primero. Parte de los circunstantes se habian ido levantando de sus asientos para ver mejor á Narcisa, ó en señal de adhesion. Ahora se levantan los demas, inclusos D. Martin y los del dominó, que embebidos en el juego y la lectura, se habian mostrado impasibles, y en todos los semblantes se lee ya el triunfo de la heroina. Al mismo tiempo se dejan percibir, casi simultáneamente, las exclamaciones que siguen).

D. FAUS. ¡Qué mujer!

D. POL. ¡Divina!

D. FAUS. ¡Me arrebata!

D. BEN. ¿Á quién no conmueve?

D. JOAQ. ¡Qué hermosa está!

D. ALB. ¿Á quién no persuade?

D. MARC. ¡Peregrina!

D. MART. ¡Heróica!

D REM. ¡Brava!

D. FAUS. ¡Yo estoy fuera de mí!

NARC. ¿Os conmueven mis clamores? No me admiro. Me los arranca el infortunio ajeno; ¡á mí, que solo á Dios pido consuelo en el mio! ¿Os enternecen mis lágrimas? ¿Qué mucho? Sois caballeros, sois portugueses. ¿Y quién de vosotros, en este siglo de revueltas y guerras

y calamidades, no se ha visto alguna vez encarcelado, proscrito... ¿Á quién, al ménos, no habrán arrebatado de los brazos el padre, el hermano, el camarada ó el amigo, condenados á larga y dolorosa emigracion? ¿Quién sabe si alguno de los que me oyen se verá tambien mañana, como mis pobres pupilos, (*Cogiéndoles de las manos, y ellos besan las de Narcisa*) como mis queridos hermanos, sin padre, sin pan, sin hogar, sin patria? (*Nuevo y más fuerte murmullo de asentimiento*).

VOCES. ¡No más!

OTRAS. ¡Ven!

OTRAS. ¡Basta!

OTRAS. ¡Toma!

NARC. (*Anegada en lágrimas y presentando á Basilio la caja petitoria*). Tomad, pobres niños. Ya no necesitais que yo os haga la colecta...

GRIT. GRAL. ¡Sí! ¡Sí!

NARC. Estoy tan conmovida... Vosotros mismos...

VOCES. ¡No! ¡No!

OTRAS. ¡Ella! ¡Ella!

OTRAS. ¡La Niña del Mostrador!

TODOS. ¡Viva la Niña del Mostrador!

NARC. (*Enjugándose las lágrimas*). En buen hora, señores. Es lo ménos que yo puedo hacer en muestra de agradecimiento á tantas bondades.

(*Va recorriendo las mesas con la caja, y todos echan en ella monedas de plata. Los mancebos ejecutan una pieza patética*). Gracias.—Dios se lo premie á ustedes.—Gracias.—Gracias. —(*Viendo á D. Joaquin con sus amigos, esquiva su encuentro, y pasa á otra mesa*).

D. JOAQ. (*A D. Policarpo*). Nada nos pide á nosotros. ¿Es distraccion..., ó desaire?

D. ALB. Dios te dé tanta dicha como mereces, limosnera del cielo.

NARC. Estimo...

D. BEN. Para tus clientes, este toston: ¡no tengo mas!; para ti, un poema.

NARC. Tantas gracias...

D. REM. Toma, hechicera. Jamas haré yo un acorde tan perfecto como el de tu lindo rostro con tu alma angelical.

NARC. ¡Por Dios, señores... Me confunden ustedes... (*Sigue cuestando por otras mesas: algunos individuos, sin esperarla en las suyas, acuden á depositar en la caja su ofrenda*).

D. FAUS. (No podré contener mi agitacion cuando llegue á mi).

D. MART. ¡Bendita... Dios le libre de cosacos.

D. FAUS. (*Haciendo su donativo*). Toma. (*A media voz*). ¡Me has hecho verter lágrimas de fuego!

NARC. ¡Señor...

D. FAUS. Pero ¿cómo oirte con ojos enjutos? ¿Qué bolsa—¡ni aun la mia!— se cierra á tus ruegos?

NARC. Usted me lisonjea más de lo que yo... Pero ¡es oro lo que usted ha echado! Tres moedas!.. Sin duda ha sido equivocacion...

D. FAUS. No; á sabiendas las he dado, y si supieras... (Ayer me hubieran arrancado primero una ala del corazon, y hoy... ¡Oh miserable humanidad!)

NARC. Quedo muy reconocida...

D. FAUS. ¡Espera! No es mi dádiva tan desinteresada como presumes. Merezca yo besar en recompensa esa mano di..., esa mano caritativa.

NARC. (¡Qué conmovido está! Y hay en su frente un no sé qué... que inspira veneracion). (*Volviéndose á los circunstantes*). Señores, este buen caballero acaba de hacerme para mis protegidos un donativo considerable. (*Breve rumor de sorpresa*).

D. JOAQ. (*Acercándose*). Oiga!.. (¡Cielos! Es don Faustino; mi acaudalado rival... Pues ¿cómo... No comprendo...)

NARC. Me suplica que en galardon le dé la mano á besar... Es un anciano respetable, y mi condescendencia no se calificaria de liviandad; mas podria parecer inspirada por el orgullo... Yo besaré la suya en muestra de gratitud á su beneficio y de respeto á sus canas. (*Lo hace*).

D. FAUS. ¡Ah! ¡Narcisa!... (Yo voy á volverme loco!)

(*Breves murmullos en diferente tono, dando unos á entender que se mofan del viejo, y otros que admiran el talento y la gracia de Narcisa*).

D. JOAQ. (¡Miren el carcamal!...)

D. FAUS. (¡No puedo más!...) ¡Adios! (*Da algunos pasos para retirarse y encontrándose cara á cara con Ruperto, esclama*): ¡Ah! (*A Ruperto aparte, sin detenerse*). Sal detras de mí.

(*Sigue Ruperto á D. Faustino. Cesa la música*).

ESCENA VIII.

Los precedentes, ménos D. FAUSTINO Y RUPERTO.

NARC. Permitidme ahora, señores, que en nombre de mis protegidos, dé á todos ustedes las más expresivas gracias por su desprendimiento; y si mi intercesion ha podido serles de alguna utilidad, yo tambien por mi parte os agradezco muy de véras que hayais tan noblemente cumplido, y aun superado mis esperanzas.

VOCES. ¡Bien!

(*Llega Gabriel, y á pocos pasos se detiene sorprendido al ver á Narcisa en medio del tablado y al oir las aclamaciones de que es objeto*).

ESCENA IX.

Los anteriores. GABRIEL.

VOCES. ¡Viva!

GABRIEL. (¿Qué es esto?)

VOCES. ¡Viva la Niña del Mostrador!

NARC. (*Dando la caja á Basilio*). Tomad, queridos. La suma con que, por mi mano venturosa y vencida de mis humildes ruegos, ha con-

tribuido esta reunion á vuestro socorro, no os dará todo el bienestar que yo os deseo; pero os arrancará por de pronto á las garras de la miseria. Corred á llevar ese consuelo á vuestra madre, y bendecid á vuestros bienhechores.

BASILIO. ¡Oh! Sí; a tutti a tutti...

(*Basilio y Jenaro saludan á la reunion con las gorras en la mano*).

Ma prima a te, bel ángelo...

NARC. ¡Basta! Idos...

(*Los va llevando hácia la puerta del foro: ellos no aciertan á soltar las manos de Narcisa, que cubren de besos y lágrimas*).

JENARO. ¡Mia sorella!...

ESCENA X.

Los precedentes, ménos BASILIO Y JENARO.

GABRIEL. (¡Qué grata sorpresa!)

NARC. (¡Ah! Él está allí y ha visto mi triunfo...¡ Gracias, Dios mio!)

D. JOAQ. (*Acercándose*). No se ha dignado usted, hermosa Narcisa, de comprenderme en su benéfica cuestacion...

NARC. No sé... Donde hay tantas personas, he podido sin designio...

D. JOAQ. Admito la excusa; pero ¿qué se diria si dejase yo de contribuir á tan buena obra, siendo usted quien la ha promovido, y yo el que mas admira sus virtudes... y sus gracias?

NARC. (Me repugna este hombre).

GABRIEL. (Se me ha indigestado ese individuo).

D. JOAQ. (*Ofreciendo á Narcisa una moeda*). Reciba usted el óbolo modesto de un apasionado...

NARC. Ántes, lo hubiera recibido; pero... ahora... Ya no están aquí los pobres estranjeros.

D. JOAQ. Por no interrumpir á usted en su inspirada alocucion...; por contemplar atónito tan dulces encantos...

NARC. Puede usted guardar su donativo para cuando vuelvan...

D. JOAQ. No, reina mia; quiero que lo reciban de esa linda mano (*Intenta tomársela*).

NARC. (*Retirándola*). ¡Caballero!...

D. JOAQ. ¡Eh! no sea usted desdeñosa, solo conmigo, prenda de mis ojos...

GABRIEL. (*Acercándose más*). (¡Vive Dios...!)

D. JOAQ. (*Insistiendo*). Mano que no ha rehusado las rudas y callosas de unos perdularios, no es razon que esquive el contacto de la mia.

(*Murmullos de desaprobacion*).

NARC. No quiero avergonzar á usted dándole la respuesta que merece. El público sabrá apreciar mi silencio, ya que usted no lo sepa agradecer.

GABRIEL. La respuesta, sin embargo, es muy sencilla. Esta señorita es dueña de dar ó negar su mano á quien bien le parezca. Ha podido darla con inocente orgullo á un necesitado, y negarla con altivo desprecio á un insolente.

D. JOAQ. ¡Qué oigo! ¿Se atreve usted...

GABRIEL. Tal vez honra una mano curtida por el trabajo y por la intemperie, y tal vez otra muy pulcra y adamada sonrojaria á quien la tocase.

NARC. ¡Oh Dios! Por piedad... (Yo tiemblo).

D. JOAQ. Muy bien parlado; pero bueno sería saber á título de qué se mete usted donde no le llaman.

GABRIEL. Á título de hombre honrado: yo no necesito de otro para defender á una mujer insultada contra el infame que no la respeta.

D. JOAQ. ¡Oh! Esto es ya demasiado. Yo le haré á usted ver que con manos muy pulcras se puede corregir á un temerario.

NARC. ¡Basta! (¡Oh desventurada!)

D. PANC. ¿Qué es esto?

(*Sale del mostrador D. Pancracio. Agitacion entre los que presencian la disputa: algunos se acercan y tratan de poner paz: otros, más prudentes, se retiran*).

GABRIEL. (*Dando á D. Joaquin una tarjeta y llevándole hácia el proscenio*). Supongo que no me hará usted esperar mucho la leccion que me promete.

D. JOAQ. (*Dando á Gabriel otra tarjeta*). En la plaza del Rocío nos podremos ver dentro de media hora, y desde allí...

GABRIEL. Convenido.

(*Algunos curiosos han seguido á los dos rivales, entre ellos los amigos de D. Joaquin, y don Alberto con los suyos*).

D. JOAQ. Estos dos caballeros serán mis testigos. (*Señala á D. Marcial y D. Policarpo*).

D. POL. Estamos prontos.

D. JOAQ. Nombre usted los suyos.

GABRIEL. Cualquiera lo será, que es demasiado justa y honrosa la causa que defiendo.

VOCES. ¡Todos!—¡Sí!

GABRIEL. Pero, ya que es fuerza elegir..., ustedes dos. (*Señala á D. Alberto y D. Remigio*).

D. ALB. Con mucho gusto.—¿Armas?

GABRIEL. Dejo la elecion á mi adversario.

NARC. (Se van á batir... ¡Oh tormento!)

D. MARC. Vámonos pues de aquí, que ya está el café alborotado, y si el lance ha de ser formal, como supongo...

GABRIEL. Por mi parte, no admito transaccion alguna.

D. JOAQ. Ni yo. (Hay dias de maldicion, y este es uno de ellos).

(*Se retira y le siguen los cuatro padrinos*).

ESCENA XI.

NARCISA. GABRIEL. D. PANCRACIO. ISIDRO. LUCAS. D. BENIGNO. D. MARTIN. CONCURRENTES.

GABRIEL. (*A Narcisa muy conmovido. El diálogo entre los dos será rápido y á media voz*). ¡Adios, interesante y virtuosa jóven!

NARC. ¡Adios, mi bizarro defensor!

GABRIEL. Esta es, Narcisa, la primera vez que me atrevo á dirigir á usted la palabra.

NARC. ¡Ay, y acaso la última!

GABRIEL. No lo temo, si no me hé engañado al leer en esos ojos, como usted habrá leido en los mios, la simpatía de nuestras almas.

NARC. Ni mi lengua ni mis ojos han aprendido á mentir.

GABRIEL. ¡Narcisa adorada!

NARC. ¡Por Dios, no exponga usted su vida... si algo le interesa la mia.

GABRIEL. El honor me lo manda; pero confie usted... Esos divinos acentos acaban de hacerme invencible.

NARC. ¡Ay no, que soy muy desgraciada!

GABRIEL. ¡Narcisa!... Esas lágrimas ahogadas... Ese semblante descolorido...

NARC. Las fuerzas me faltan... Tantas y tan fuertes sensaciones... Un momento de placer tan cruelmente amargado... Un rayo de felicidad... que ya no volverá á alumbrarme... Mi corazon se rompe en mil pedazos... ¡Dios piadoso, amparadme... Yo muero.

(*Cae desmayada en brazos de Gabriel. Acuden tambien á socorrerla los que están más cercanos. Movimiento general*).

GABRIEL. ¡Narcisa!

VOCES. ¡Agua!

OTRAS. ¡Socorro!

GABRIEL. ¡Angeles del Empíreo, velad por ella: es vuestra hermana!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala pobremente amueblada. La puerta principal en el foro, y otras dos laterales, una enfrente de otra. Dos butacas.

ESCENA I.

D. Faustino. Bernardo.

(*Aparecen sentados*).

Bern. ¡Vaya, vaya!, del cielo nos ha venido esta visita.

D. Faus. Tal vez.

Bern. ¡Cuánto agradezco al buen Ruperto que me haya proporcionado tan alto honor...

D. Faus. Bien; vamos al asunto, y dejemos...

Bern. Sí, señor; pero hallar un bienhechor en quien ménos podia yo esperarlo; ¡en mi caséro!... Usted no conocia de ántes á Narcisa; ¿eh?

D. Faus. ¡Oh!... No, señor.

Bern. Al aparecerse en mis umbrales esa cara, he

creido, como hay Dios, que venia usted á apremiarme...

D. FAUS. Al contrario; repito que el bienestar de usted y el de Narcisa corren á mi cargo desde hoy.

BERN. ¡Alma sublime!

D. FAUS. ¡Nada de lisonjas! No conviene que aquella criatura continúe dándose en vergonzoso espectáculo, expuesta á los malignos comentarios de los ociosos y á la procacidad de los libertinos.

BERN. Harto siento yo haber recurrido á este arbitrio, que no deja de repugnarme; pero la indigencia, la falta de proteccion... Dios ha oido al fin mis oraciones, y nos ha deparado un padrino generoso... ¡Oh! y bien lo necesitamos, porque nuestra penuria viene muy de atras. Los acreedores me acosan...

D. FAUS. No pase usted cuidado por eso: ya he dicho...

BERN. Y ha de considerar usted que perdemos una buena conveniencia.

D. FAUS. (¡Infame!) No la echarán ustedes de menos á mi lado.

BERN. Se entiende.—Pero mi hija no ha de reducirse á la humilde esfera de criada.

D. FAUS. Nada de eso.

BERN. Dos tiene ahora para servirla, y no está en el caso...

D. FAUS. ¡Dale!..

BERN. Para ama de gobierno es demasiado jóven.

D. FAUS. Ella será la señora de mi casa.

BERN. ¡Oh! eso de señora...

D. FAUS. ¿Eh?

BERN. Ya ve usted! el honor...

D. FAUS. (¡Malvado!)

BERN. Solo de una manera podría serlo decorosamente.

D. FAUS. Si; pero... Apénas la he tratado...

BERN. Ni yo pretendo hombrearme de buenas á primeras con persona tan calificada. El tiempo y el trato allanarán todas las dificultades.

D. FAUS. Si; yo espero...

BERN. Pero las hablillas del vulgo...

D. FAUS. No daré yo ocasion para ellas. Deseo sinceramente la felicidad, la completa felicidad de esa niña; y nada perdonaré para asegurársela, si ella se hace digna de mi proteccion.

BERN. Proteccion honesta y desinteresada; no lo dudo; pero la malicia de las gentes podrá creer otra cosa...

D. FAUS. ¡Es verdad!

BERN. Y á ella misma le parecerian sospechosos los favores de un extraño... ¡Ah! Me ocurre una excelente idea. Diremos que es usted tio de Narcisa...; y por consiguiente primo mio.

D. FAUS. Poco me gusta ese parentesco; pero ¡vaya!

BERN. ¡Qué honra para mí!...

D. FAUS. (¡Que haya padres tan viles!... Pero Narcisa es tan cándida como bella; y si librándola de la ignominia y colmándola de bienes llego á grangearme su cariño...)

BERN. (Parece que cavila... No las tengo todas conmigo). Ya comprenderá usted que yo no puedo separarme de mi hija. ¿Qué diria el mundo? Pero no soy hombre de estar á la sopa boba. Trabajaré... Entiendo de cuentas y tengo una letra regular.

D. FAUS. Bien...

BERN. Me encargaré del manejo de la casa.

D. FAUS. ¿Eh?

BERN. Por hacer algo, y por ahorrar á usted un mayordomo.

D. FAUS. Veremos... (¡Lástima de presidio!)

(*Se levanta y tambien Bernardo*).

Haga usted que venga al momento la muchacha.

BERN. No será fácil. Está comprometida por el resto del año...

D. FAUS. No importa.

BERN. D. Pancracio reclamará daños y perjuicios...

D. FAUS. ¡Oh! Yo los abono. Tome usted. (*Le da un bolsillo*). Se vendrán ustedes hoy mismo á mi casa; voy á dar las órdenes convenientes.

BERN. Mi eterna gratitud... (¡Qué cucaña!)

D. Faus. De todos modos tendrian ustedes que desocupar esta muy pronto. Va á ser de otro dueño, y piensa derribarla.

Bern. Sí; algo he oido de eso... Parece que la Condesa quiere comprarla, porque lleva á mal que nos éntre por una triste reja la luz de su jardin.

D. Faus. Á propósito; va á venir á verla...

Bern. Cuando guste.

D. Faus. Pronto volveré... Prevenga usted á Narcisa favorablemente...

Bern. Claro está.

D. Faus. Adios.

Bern. Adios, querido primo.

D. Faus. ¡Oh!... (*Se reprime, echa una mirada de indignacion á Bernardo y se retira cubriéndose el rostro con las manos*).

ESCENA II.

Bernardo.

¡Extraño fenómeno es el tal D. Faustino! Le han enamorado perdidamente las gracias de Narcisa; y como si esto mismo no fuese ya bien raro en un hombre que hasta hoy no ha conocido más Dios, ni más prójimo que el dinero, parece como avergonzado de su debilidad...; como si le remordiese la conciencia... ¡Ba! no hay tal vergüenza ni tales remordimientos. Aun si yo los sintiese..., harto justos serian, en verdad; pero ¿él?.. No; la causa de su agitacion es la lucha interior entre dos pasiones; la avaricia arraigada, y el amor naciente, pero impetuoso, como suele serlo cuando se apodera de una alma que siente por primera vez, y á tal edad, su punzante dardo. Lo que importa es no dar lugar á que la reflexion abra la puerta al arrepentimiento; (*Hace sonar una campanilla*). y ya que tan propicia se me muestra la fortuna...

ESCENA III.

BERNARDO. CATALINA.

CATAL. ¿Llamaba usted?
BERN. Sí. Voy á salir. Si miéntras vuelvo, que no tardaré mucho, viene la Condesa nuestra vecina... (*Toma el sombrero*).
CATAL. ¿Aquí la Condesa?
BERN. Sí; quiere comprar esta casita, y ántes desea verla, segun me ha dicho D. Faustino. Franquea pues la habitacion á esa señora.
CATAL. Bien está.
BERN. Y si vuelve tambien ántes que yo el señor D. Faustino, recíbele...
CATAL. Lo haré.
BERN. Pero con buen modo, con agasajo...
CATAL. Pues ¡que! ¿no es ya nuestro casero?
BERN. Algo mejor que eso: es nuestro protector, nuestro paño de lágrimas.
CATAL. ¡Calle!
BERN. Hemos salido parientes...
CATAL. ¡Oiga!...
BERN. Pero tú no te des por entendida... Adios...
CATAL. Bueno. Á mí ¿qué me va ni...
BERN. En boca cerrada no entran moscas.

ESCENA IV.

CATALINA.

¡San Antonio!, ¿qué parentesco es ese llovido del cielo... y con un hombre tan adinerado? ¡Hum!... Aquí hay misterio. Harto será que no debamos este milagro á la añagaza del mostrador. ¡Pues es claro! Yo no valgo gran cosa comparada con Narcisa; pero que me pongan como á ella en escena, ó por mejor

decir en berlina, bien emperejilada y peripuesta, y malo ha de ser que no le pete á alguno este palmito.—¡No, no; Dios me libre! Pobre, pero honrada. Ello, se necesita una virtud á machamartillo pora que una hija de Eva, puesta así en el disparadero, no peque tarde ó temprano... Bién sé que mi pobre señorita, digna de mejor padre, ha resistido cuanto le era posible tan bochornosa especulacion, y lo que para otras sería trofeo es suplicio para ella; pero el despecho, cuando no la codicia, pudiera al fin cegarla, pervertirla... Me aflige esta idea, porque le he tomado tanto cariño... Pues si por eso no fuera, ¿estaría yo aquí todavia? Y con todo, será forzoso...

ESCENA V.

NARCISA. CATALINA.

(*Llega Narcisa llorosa, azorada, y se precipita en los brazos de Catalina*).

NARC. ¡Catalina!

CATAL. ¿Qué es esto, señorita? ¿Qué tiene usted? Cómo viene así?...

NARC. Es largo de contar... Necesito ántes cobrar aliento...
(*Catalina la hace sentar en una butaca*).
Recapacitar... Sufrimientos crueles... Consuelos inesperados... Se agolpan y se confunden en mi mente tantas especies, que yo misma no acertaré... ¡Ah Catalina, qué dia de prueba!

CATAL. Hable usted: yo soy digna de su confianza.

NARC. Sí, amiga mia.

CATAL. El amo no está... Mucho es no haberle usted encontrado.

NARC. Me han traido en coche. Ni hubiera podido venir de otro modo.

CATAL. Pues ¡que! ¿alguna desgracia... Por Dios, sáqueme usted de inquietud.

NARC. Desgracia... Hasta ahora no; ni el cielo permitirá que yo llore la mayor de todas despues de haber halagado y fortalecido mi corazon tan dulce esperanza.

CATAL. ¡Esperanza! ¿Cómo... ¿De dónde... Su padre de usted...

NARC. Si mis ardientes votos son oidos allá arriba, pronto dejará de oprimirme su tirano yugo.

CATAL. ¡Qué oigo! (¿Aludirá...)

NARC. ¿Lo creyeras, Catalina? Yo, la más infeliz y desvalida de las mujeres; yo, criatura abyecta, vil mercancía á los ojos del mundo, aunque inocente y pura á los de Dios; ¡yo soy amada!

CATAL. Pero...

NARC. Y lo soy de quien únicamente quisiera yo serlo; del mismo por quien palpitaba en secreto mi corazon; y lo puedo declarar á la tierra y al Cielo sin que mi labio tiemble ni el rubor asome á mis mejillas.

CATAL. ¿Será posible...

NARC. Pero breve ha sido mi alegria; por pocos momentos ha desarrugado su ceño mi adversa fortuna.

CATAL. ¿Cómo...

NARC. Mi dueño amado, mi noble campeon aventura en este instante su vida por defender mi honra.

CATAL. ¡Cielos!...

NARC. ¡Ay! abrazada á sus rodillas yo le hubiera quizá detenido con mis lágrimas, con mis sollozos, si una congoja...

BERN. (*Dentro*). ¡Narcisa!

CATAL. ¡Don Bernardo!

NARC. ¡Mi padre! (*Se levanta*).

ESCENA VI.

NARCISA. BERNARDO.

BERN. (*A Catalina*). Déjanos.
(*Se retira Catalina por el foro*).

NARC. No estrañe usted verme de vuelta tan pronto...

BERN. Lo sé todo: vengo del café. Iba á traerte con ánimo de que nunca lo volvieras á pisar.

NARC. ¡Qué escucho!

BERN. ¿Sí, hija amada. Habia ya conocido, aunque tarde, mi lastimoso error. Confiado en tu cordura, en tu talento, y destituido de todo recurso, accedí á las instancias de D. Pancracio, sin reflexionar que te exponia á la maledicencia del vulgo.

NARC. ¡Ah señor!...

BERN. Y ántes hubiera tomado esa determinacion á haber previsto las escenas de hoy. ¡Pobre Narcisa!... Pero has estado sublime, segun me han dicho, y á estas horas todo Lisboa se hará lenguas celebrando tu presencia de espíritu, tu caridad, tu patriotismo. ¿Qué no darian algunos hombres de estado por el aura popular que tú has sabido grangearte?

NARC. Yo no la buscaba; yo no la quiero; pero obedecí á un impulso sobrenatural...

BERN. Siempre es útil cobrar buena fama...

NARC. Lo mejor que puede desear una mujer humilde y honrada es que no se hable de ella.

BERN. Bien, bien... (¡Cuidado si es bachillera y mojigata!) Pues prefieres la paz doméstica y los goces tranquilos y sedentarios á una vana popularidad, desde hoy mismo verás cumplidos tus deseos.

NARC. ¡Oh padre mio! Esas palabras son dulce bálsamo que cura mis heridas. Tanta bondad me anima á descubrir á usted un secreto... Mas ¿qué digo? Ya no lo será para usted el tierno cariño, la hidalga resolucion con que, sin

conocerme, me ha protegido, me ha ensalzado un jóven...

BERN. Ya me han dicho... Sí; es de agradecer... (¡Esto nos faltaba!)

NARC. Mi alma, no lo niego,... presentia,... anhelaba...

BERN. ¡Narcisa!...

NARC. Y despues... la gratitud...

BERN. No hay gratitud que valga. Un mero acto de galantería...

NARC. De amor entrañable, que ahora estará acaso sellando con su sangre.

BERN. ¡Ba! No llegará al rio. Á esta fecha el ofensor y el defensor estarán probablemente trincando juntos y mofándose de tí.

NARC. ¡Oh! no lo creo.—Si triunfa, como lo espero, vendrá á pedir á usted mi mano...

BERN. Y yo se la negaré. ¡Buen negocio, por Dios! Un amante de novela, un novio de café... ¿Quién es ese quidam?

NARC. Un artista...

BERN. ¡Todos se llaman hoy artistas!

NARC. Pobre sin duda...

BERN. ¡Brava recomendacion! ¿Le habremos de mantener nosotros?

NARC. El sabrá...

BERN. Vamos, niña, déjate de locuras. Te sobra mérito para aspirar á más... ¿Y cuándo me vienes con esa sopa de ensalada? Cuando la fortuna nos sonrie; cuando el cielo te depara un valedor...

NARC. ¡Cómo!

BERN. ¡Un tio opulento!...

NARC. ¡Es posible! ¿De dónde... (Yo tiemblo).

BERN. Va á venir... Recíbele con dulzura, con gozo, con amor... De él depende nuestra felicidad.

NARC. Pero... ¡Oh Dios mio! Yo...

BERN. Guárdate de confiarle esos nécios amores, ó mi furor... ¡Hele aquí!
(*Asoma D. Faustino por el foro*).
Recóbrate... Enjuga esos ojos... (*Saliendo á recibir y apretando la mano á D. Faustino*).
¡O mi primo y señor!

ESCENA VII.

NARCISA. BERNARDO. D. FAUSTINO.

NARC. ¡Qué veo!

D. FAUS. (*Aparte con Bernardo*). ¿Está prevenida?

BERN. Sí; pero... la sorpresa... Será conveniente proceder con un poco de cautela...

D. FAUS. Bien; déjeme usted solo con ella.

BERN. Sí. (¿Cómo saldremos de esta crísis?) Pero no precipitemos... Por ahora, sea usted tio, nada más...

D. FAUS. ¿Se va usted, ó me voy yo?

BERN. (*Retirándose por la puerta lateral de la izquierda, que deja entornada.*) Estaré á la mira.

ESCENA VIII.

NARCISA. D. FAUSTINO.

D. FAUS. ¿Por qué tan sobresaltada, niña hermosa? Serénate. No es esta la primera vez que nos vemos.

NARC. Despues de tantos combates como hoy ha sufrido este pecho atribulado, no estrañe usted mi agitacion,... mi sorpresa...

D. FAUS. No estoy yo ménos conmovido, hija mia.

NARC. (*Ofreciéndole una silla*). Suplico á usted...

D. FAUS. Sí; pero tú á mi lado.

NARC. Bien estoy...

D. FAUS. Me obligarás á estar de pié...

NARC. ¡Ah! no.

(*Se sientan*).

D. FAUS. La impresion que hiciste en mi alma cuando ha pocas horas te ví por primera vez, es de aquellas que jamás se borran; y si grata fuiste entónces á mis ojos, ahora... (No acierto

á hablar). Ahora que los vínculos de la sangre... (¡Vil y cobarde mentira!) me permiten lablar tu ventura, inseparable ya de la mia...

NARC. Si usted ignoraba, como yo, que tengo la honra de ser sobrina suya, no es de admirar que á uno y otro nos falte aquella libertad, aquella expansion propia da parientes que... que se han tratado. No obstante, usted me inspiró desde luego—¿por qué no he de confesarlo?—un afecto... que sentiria desterrar de mi corazon; y ahora comprendo que en aquel rasgo de generosidad cedió usted, sin saberlo, á la voz de la naturaleza.

D. FAUS. (¡Ay, no soy yo ni merezco ser tan dichoso!) ¡Narcisa...

NARC. Usted se presenta pues á mis ojos con los más favorables auspicios.

D. FAUS. ¿Si? Mi mayor dicha...

NARC. Pero yo ¡triste de mí! ¿Con qué títulos aspiraré á la confianza, á la benevolencia de usted?

D. FAUS. ¿Con qué títulos, preguntas, y Dios te ha dado este rostro hechicero, esa gracia seductora...

NARC. ¡Ah!.. Señor!..
(*Se levanta y tambien D. Faustino*).

D. FAUS. ¡Oh adorable Narcisa!..

NARC. Ese lenguaje...

D. FAUS. ¿Qué pecho de bronce no se rendiria?...

NARC. (*Haciendo un movimiento para retirarse*). Permítame usted...

D. FAUS. (*Asiéndola de una mano, que suelta luego*). ¡No; detente! Tu voluntad será libre, enteramente libre: la violencia es impropia de mis años, indigna de mi carácter. Te respetaré, pero es forzoso que me oigas. Si aun esto es exigir demasiado; si tal vez soy culpable dejándome llevar de engañosas apariencias; si alucinados mis sentidos sofocan el grito de la razon, que me acusa y me atormenta, considera que nunca ni por nadie he sentido una pasion como esta que me avasalla

y me enloquece; considera que tu misma situacion excusa tal vez mi temeridad; (*Bajando la voz*). considera, en fin, que es mi cómplice—¡Oh infamia!—quien debiera ser tu escudo.—No, no soy tu tio. Afuera mal forjadas imposturas y ridículos disfraces...

NARC. ¡Cómo...

ESCENA IX.

Dichos. LA CONDESA.

CONDESA. (*Apareciendo por el foro, y deteniéndose en la puerta sin ser vista*). (¡Qué veo! ¡La Niña del Mostrador!..)

D. FAUS. Soy un hombre que te idolatra...

CONDESA. (¡D. Faustino!) (*Retrocede y se quita de la vista*).

ESCENA X.

NARCISA. D. FAUSTINO.

D. FAUS. Un hombre, en cuyo arbitrio no está el darte otro pasado ni otro presente...; pero que puede ofrecerte un porvenir brillante; que premiará con rios de oro la menor de tus caricias.

NARC. (*Con indignacion*). ¿Se atreve usted... ¡Oh vileza!.. (*Con amargura*). Pero usted no tiene la culpa de que mi estrella infausta, y las fatales circunstancias que me rodean, le hagan creer que me favorece cuando me aflige y que me honra, cuando me insulta. ¡Ay, otro juicio habia yo formado de usted! ¡Ay, no esas riquezas, que desprecio; otro apoyo mas honroso, más digno osó esperar mi pobre corazon creyendo ver en usted un deudo cariñoso, un amigo indulgente, desinteresa-

do... (*Sollozando*). ¡Ah! faltaba á mi infortunio esta decepcion amarga...

D. FAUS. ¡Oh cielo!.. Óyeme...

NARC. (*Fuera de sí dirigiéndose hácia el foro*). Aparte usted! Huiré del mundo..., de la vida...

(*Salen al encuentro de Narcisa Bernardo y la Condesa.*

ESCENA XI.

Dichos. LA CONDESA. BERNARDO.

BERN. ¡Detente!

CONDESA. ¡Narcisa!

BERN. (¡La Condesa!)

D. FAUS. (*Á la Condesa*). ¡Ah señora!..

CONDESA. La he oido... ¡Es una santa!

D. FAUS. ¡Y yo el hombre más abominable...

BERN. (Esto se va poniendo de mal cariz).

CONDESA. ¡Queria usted huir del mundo!.. ¿Por qué? Muy corrompido está; pero aun hay almas capaces de comprender la de usted y admirarla, y si algo vale mi amistad...

NARC. ¡Amistad! ¿Puedo yo tener amigos? ¡Ah! ¿Puedo yo creer en ellos?

CONDESA. ¿Y cómo no, si eres un tesoro de gracias y de virtudes? ¡Oh! permite que te abrace, niña celestial. (*La abraza*).

NARC. Señora... Me abochorno...

D. FAUS. ¡Jóven incomparable! ¡Honra de tu sexo!.. ¿Podré esperar que perdones mi acerba injuria, mi funesta ceguedad?.. ¿Funesta? No; yo la bendigo, porque con ella se ha acrisolado tu excelsa virtud. Yo bendigo esa noble repulsa, porque ella purifica mi amor y me infunde un nuevo ser. ¡Ah! Sé bastante generosa para olvidar mi involuntario desvarío; y para admitir la mano de esposo que te ofrezco con entusiasmo, con orgullo.

BERN. (¡Oh! esto es mejor). ¡Ah! señor D. Faustino!, tanta bondad...

NARC. Me confunde tanta generosidad, y ni memoria queda ya en mi alma del pasado resentimiento: al contrario; ha ganado usted mucho en mi estimacion y en mi respetuoso cariño; pero son harto limitados mis deseos para que pueda deslumbrarme el oro, y soy demasiado sincera para dar en los altares un sí que desmentiria mi corazon.

D. FAUS. ¡Narcisa!

NARC. Aun no sabe usted todas mis desdichas. Yo amo á otro...

D. FAUS. ¡Oh Dios!

CONDESA. (¡Á Gabriel!)

NARC. Pero basta que le ame yo para que le alcance el aciago influjo de mi destino.

CONDESA. ¡Cómo... Pues ¿qué...

BERN. ¿Te atreves, pérfida...

D. FAUS. ¿Quién es el feliz mortal que me roba... (*Se presenta en el foro Gabriel*).

NARC. (*Con un grito de alegria*). ¡Ah!... Ese.

ESCENA XII.

Los precedentes. GABRIEL.

D. FAUS. ¡Gabriel!

GABRIEL. ¡Narcisa amada! (*Toma y besa con efusion su mano*).

NARC. ¡Oh Providencia! Perdóname: he blasfemado.

BERN. (*Con ira, interponiéndose*). ¡Aparte usted! ¿Quién le ha dado derecho...

NARC. ¡Mi amor!

GABRIEL. (*A Bernardo*). Ya lo oye usted. ¿Hay otro más legítimo, más sagrado?—Pero ¡mi tio aquí!... ¡La Condesa!...

CONDESA. En quien usted y Narcisa tendrán siempre una amiga, una hermana.

GABRIEL. ¿Y ustd, caro tio...

D. FAUS. ¡Aparta, maldicion de mi vida! Tú habias de ser, para mayor tormento mio, el odioso rival...

GABRIEL. ¡Qué oigo!

BERN. No lo será: no lo consentiré.

NARC. ¡Señor!

D. FAUS. Si tu audacia se funda en presumir que un dia ha de ser tuyo mi caudal, destierra tan ilusa esperanza: yo te desheredo y te mal...

CONDESA. ¡Por Dios, D. Faustino!... Resignacion y fortaleza.

(*D. Faustino se deja caer abatido en una butaca*).

GABRIEL. Yo no codicio ese malhadado caudal. Sin auxilio de nadie he podido, bien lo sabe usted, vivir independiente: ¿y qué no haré alentado, inspirado por el ídolo á quien de hoy más consagro el alma y la vida?

BERN. (¡Oh rabia!)

D. FAUS. (¡Oh desesperacion!)

BERN. Pero ese ídolo no es libre; es una niña sin reflexion; tiene un padre...

NARC. (*Exaltada*). ¡No, no le tengo!, ó á lo ménos, no es digno de ese nombre santo el que tan inicuamente abusa de él.—Perdonad, Dios mio, si á tanto se atreve mi lábio... y no me lo reprende el corazon; pero hartos sacrificios me ha impuèsto ya la obediencia filial; y vos, Señor, (*Alzando los ojos, como dirigiéndose al cielo*). me habeis dado un albedrío... de que solo á vos he de dar cuenta; y solo á vuestra divina proteccion he debido instintos que de nadie se aprenden; una honra que... que yo sola he defendido, y la perspectiva de una felicidad comprada con tantas amarguras. Y niña como soy, y pobre, y calumniada, no me dejaré arrebatar este don del cielo, este galardon de mis martirios. No; mi mano no será de otro que del que ha sabido merecerla respetando mi desgracia, creyendo en mi pureza, y ofreciendo por mí al hierro homicida su sangre generosa.

BERN. (¡Soy perdido!... Pero me vengaré). (*Entra en la habitacion lateral de la izquierda*).

ESCENA XIII.

Dichos, ménos BERNARDO.

CONDESA. ¡Oh Dios! ¿Se ha batido usted...

GABRIEL. Sí; he cumplido con un deber forzoso...; pero Dios ha mirado por la causa de la inocencia. Yo vuelvo ileso á los piés de mi amada, y el cobarde mofador queda castigado.

NARC. ¡Ah! ¡Muerto tal vez!...

GABRIEL. No; poca cosa... Un brazo atravesado: lo que basta para su escarmiento.

CONDESA. Pero ¡ah! ¿quién es? (Yo tiemblo...) Si tiene valimiento...

GABBIEL. No sé...Cambiamos de tarjetas... Aquí he de tener la suya. (*Metiendo la mano en el bolsillo*). Pero él se guardará muy bien...

CONDESA. (*Toma la tarjeta y la lee para sí*). ¡Justo Dios!... (¡El infame libelista! Bien dije yo que no quedaría impune su atentado).

GABRIEL. ¡Qué! ¿le conoce usted...

CONDESA. Sí; pero es de esperar que esa leccion le corrija... (No sabrá Gabriel mi agravio, ni lo ufana que estoy de que él haya sido mi vengador).

ESCENA ÚLTIMA.

Los precedentes. BERNARDO.

BERN. Ya que mi casa se ha visto hoy tan favorecida,... (¡Maldita suerte!) pido á ustedes un momento de atencion. Acaban ustedes de presenciar lances sorprendentes, pero aún les falta saber el más peregrino de todos. Esa ingrata, por quien me he sacrificado,

me juzga indigno de ser su padre...; y, valga la verdad, porque yo no quiero santificarme, no le ha faltado razon para subírseme á las barbas; pero ella no sabe, la infeliz, que puede lamentar otra desgracia mayor que la de tener un padre más ó menos reprensible.

NARC. ¡Ah!...

GABRIEL. ¿Cuál?

BERN. No tener ninguno.

NARC. ¡Cielos!...

CONDESA. ¡Oh!...

GABRIEL. ¡Qué oigo!...

D. FAUS. (*Volviendo de su anonadamiento*). (¡Qué dice!...)

BERN. ¡Magnífica ocasion para que ese caballerito, haga nuevo alarde de su filantropía! Narcisa es una miserable expósita...

D. FAUS. (¡Una expósita!...)

BERN. Que hubiera perecido de hambre, de frio, ó acaso en las garras de una fiera, si yo no la hubiese salvado: ¡y bien me lo paga, como hay Dios!

D. FAUS. (¡Expósita!...)

GABRIEL. Esa triste historia, que por cierto no justifica, ántes agrava la indigna conducta de usted, léjos de amenguar, acrece el interes que me inspira el dulce objeto de mi cariño, la esposa de mi eleccion.

NARC. ¡Oh Gabriel, Dios te bendiga!

CONDESA. ¡Oh cómo ciega la ira á los perversos! No, no es mayor desdicha carecer de padre, que haber de dar tan caro nombre á semejante mónstruo.

BERN. ¡Señora!...

CONDESA. Yo la adopto por hija desde este momento, y mi título más glorioso será el de madre suya.

NARC. (*Queriendo arrodillarse é impidiéndoselo la Condesa*). (¡Bondad inmensa! Á esos piés...

CONDESA. ¡No, hija mia; en mis brazos! (*La abraza*).

BERN. (Todo se vuelve contra mí. ¡Maldicion...) Yo admiro tanta magnanimidad; pero aun pudiera aparecerse quien con más derecho recibiera en sus brazos á mi pupila.

NARC. ¿Quién?

BERN. He dicho que no tenía padre, porque hasta ahora nadie la ha reclamado desde que mí mujer y yo la encontramos abandonada á la puerta de una iglesia.

D. FAUS. (*Levantándose muy agitado*). ¡Cielo santo!

BERN. Pero si los indicios no mienten, no debe de ser muy católico el padre que la engendró. Tengo un documento...

D. FAUS. (*Con ansiedad*). ¿Dónde, cuándo la recogiste?

GABRIEL. (*Con tono amenazador*). ¡Muéstralo! Pronto!

BERN. ¡Poco á poco! No me atosiguen ustedes... Un papelote, que yo no entiendo...

D. FAUS. ¡Acaba!

(*Lo saca del bolsillo Bernardo y se lo arrebata Gabriel*).

BERN. Pero un sábio, con quien no ha mucho lo consulté, me dijo que está en arábigo...

D. FAUS. ¡El pueblo, la época...! Habla, ó mi furia...

BERN. Hace diez y ocho años...

D. FAUS. ¡Ah!

GABRIEL. Son signos de taquigrafía...

D. FAUS. ¡No más!

BERN. En Mafra...

D. FAUS. (*Precipitándose en los brazos de Narcisa*). ¡Hija de mi alma!

CONDESA. ¡Es posible...

NARC. ¿Sera sueño...

GABRIEL. ¡Su padre!

D. FAUS. (*Tomando el papel y reconociéndolo*). Sí, sí.

BERN. (Ahora sí que hemos hecho un pan como unas hostias!)

D. FAUS. Extravios, locuras de mi juventud, que casi habia borrado enteramente de la memoria... Por el honor de tu desgraciada madre, conducida á aquel pueblo con pretesto de tomar aires..., te expuse; no para siempre; no soy tan desnaturalizado, sino con ánimo de reclamarte luego... ¡Oh terrible noche...! Tu madre necesitaba tambien mis auxilios... ¡La infeliz espiró en mis brazos!

NARC. ¡Oh santo Dios!

D. FAUS. Volví á saber de ti con las precauciones á

que las circunstancias me obligaban. Nadie supo dar razon de tu paradero ni entónces ni despues... Perdida, en fin, toda esperanza, hastiado del mundo y de mi mismo, me embarqué para América; y el tiempo, los negocios mercantiles, mi creciente prosperidad, y más que todo una pasion bastarda, cicatrizaron mis heridas. ¡Oh divina Providencia! ¿quién dudará ya de ti? ¿quién no te bendecirá? ¿Cuándo, cuándo he merecido yo el torrente de felicidades que hoy derramas sobre mi?

NARC. Olvidemos, oh padre amado, los dias de duelo y de pesar. Harto los compensa este momento de júbilo inefable.

D. FAUS. ¡Oh! sí; no cabe mayor dicha, mayor gloria en el mundo.—Ven, Gabriel... ¡Qué injusto y qué descastado he sido para contigo!

GABRIEL. ¡Por Dios...! ¿Quién recuerda ya...

D. FAUS. (*A Narcisa*). Dale tu mano.

NARC. (*Dándosela*). ¡Gabriel mio!

GABRIEL. ¡Prenda querida!

D. FAUS. Abrazadme. (*Los abraza*).

CONDESA. (*Enternecida*). Recibid mi parabien... La boda en mi casa, y yo la madrina. (Tendré valor para serlo y con placer).

BERN. (*Volviendo el rostro para que no adviertan que está conmovido. Entre tanto, se felicitan recíprocamente en voz baja los demas interlocutores*). (¿Cuánto va á que yo me enternezco tambien, pese á mi... (*Enjugándose una lágrima*). ¡Si tal! Y es que no debo de ser tan malo como yo mismo creia; sino que... la pobreza..., la holganza... Pero no he de dar mi brazo á torcer). Señores, reciban ustedes mi enhorabuena, y para que sea mas cumplida tomo la puerta...

D. FAUS. Sí, Lucifer en carne humana, huye para siempre...

NARC. ¡Señor!

D. FAUS. Y lleva contigo nuestra...

NARC. Nuestra bendicion. El me alzó de la fria losa donde yacia desamparada; su esposa, que

sin duda goza en el cielo el premio de su caridad, acalló en su seno mis gemidos, me crió, me educó con la ternura y solicitud de verdadera madre; y si hoy ¡Oh padre mio! le doy á usted tan grato nombre, á ella y á él se lo debemos.

D. FAUS. Sí, sí...

BERN. (*Queriendo arrojarse á los pies de Narcisa, que le detiene*). ¡Perdóname, criatura sobrehumana...

NARC. ¿Qué hace usted? No permitiré ..

D. FAUS. ¡Narcisa...! ¡Todavía he necesitado que me des esta leccion!... Soy un niño con canas..., un idiota... ¡No es mucho! Tantos años cerrado mi pecho á todo sentimiento tierno y generoso; casi divorciado de la sociedad humana; huésped ingrato, esquivo, insensible de un mundo que nadie ménos que yo debió juzgar con severidad; devorado, en fin por el vicio más ruin y más estéril, la sórdida avaricia... ¡Ah! ¿Qué digo? En hora bendita subyugó mis potencias y sentidos. En ella veo ahora tambien la mano de la Providencia. Una voz secreta me mandaba acumular tesoros para resarcir un dia con ellos las miserias á que yo mismo, padre sin entrañas, te condené al nacer. Esa misma voz me decia: ¡No goces tú miéntras ella padece; no te hartes tú mientras ella ayuna!

NARC. ¡No más! Me aflije usted...

D. FAUS. (*Enjugándose los ojos*). Basta, sí; gocemos, vivamos... Celebremos todos tan fausto dia... (*Apretando la mano á Bernardo*). ¡Todos! Mis arcas están abiertas para tí; para vosotros mi corazon; para Dios una alma, (*Abrazando á Narcisa*). que tú, ángel mio, has regenerado.

FIN DEL DRAMA.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 9 de marzo de 1854.

Segun el informe evacuado por el señor Censor, puede representarse.

Quinto.

EN UN ACTO.

A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De potencia á potencia.
Las avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El rey por fuerza.
Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El chal verde.
Como usted quiera.
Un año en quince minutos.
Un cabello!
El don del cielo.
La esperanza de la Patria, *loa*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los treses el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El duende.
El duende, segunda parte.
Las señas del archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la mujer de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de San Lorenzo.
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agna.
La venganza de Alifnoso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del canal.
La noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.
Curso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo Gonzalez Huebra.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Albacete. . .	D. Nicolas Herrero y Pedron.
Alcalá. . . .	Benigno García Anchuelo.
Alcoy. . . .	José Martí y Roig.
Algeciras. . .	Clemente Arias.
Alicante. . .	Pedro Ibarra.
Almagro. . .	Antonio Vicente Perez.
Almería. . .	Mariano Alvarez.
Andujar. . .	Domingo Caracuel.
Antequera. .	Joaquin Maria Casaus.
Aranda . . .	Manuel Martin Fontenebro.
Aranjuez. . .	Gabriel Sainz.
Arévalo. . . .	José Espinosa.
Avila.	Vicente Santigo Rico.
Avilés. . . .	Ignacio García.
Badajoz . . .	Sra. Viuda de Carrillo.
Baena. . . .	Francisco Fernandez.
Baeza.	Francisco de P. Torrente.
Barbastro. . .	Mariano Ferraz.
Barcelona . .	Juan Oliveres.
Idem.	José Piferrer y Depaus.
Baza.	Joaquin Calderon.
Bejar	Vicente Alvarez.
Berja. . . .	Nicolas del Moral.
Bilbao. . . .	Nicolas Delmas.
Borja	Manuel Marco Cadena.
Burgos. . . .	Timoteo Arnaiz.
Cabra. . . .	Manuel Rendon.
Cáceres. . . .	José Valiente.
Cádiz.	Severiano Moraleda.
Calatayud . .	Bernardino Azpeitia.
Carrion . . .	Luis Agudo Luis.
Cartagena. . .	Vicente Benedicto.
Cervera. . . .	Joaquin Gasset.
Chiclana. . .	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real.	Antonio Mexía.
Córdoba . . .	Joaquin Manté.
Coruña. . . .	José Lagó.
Cuenca. . . .	Pedro Mariana.
Écija.	Ciriaco Jimenez.
Figueras. . .	Jaime Bosch.
Gerona. . . .	Francisco Borja.
Gijon.	Vicente de Escurdia.
Granada. . .	José María Zamora.
Guadalajara .	Fermin Sanchez.
Habana. . . .	Charlain y Fernandez.
Haro. . . .	Pascual de Quintana.
Huelva. . . .	José V. Osorno é hijo.
Huesca. . . .	Bartolomé Martinez.
Igualada. . .	Joaquin Jover y Serra.
Jaen. . . .	José Sagrista.
J. la Frontra.	José Bueno.
Leon	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida. . . .	Manuel de Zara y Suarez.
Llerena . . .	Bernardino Guerrero.
Lisboa. . .	Silva Junior.
Loja.	Juan Cano.
Lorca. . . .	Francisco Delgado.
Lugo. . . .	Manuel Pujol y Masia.
Lucena . . .	Juan Bautista Cadena.
Málaga . . .	D. Francisco de Moya.
Manila. . . .	Ramon Somoza.
Manresa. . .	Manuel Sala.
Manzanares. .	Dimas Lopez.
Mataró. . . .	José Abadal.
Medina Sidon.	Francisco Ruiz Benitez.
Mérida. . . .	Manuel de Bartolomé Diez.
Mondoñedo. .	Francisco Delgado.
Murcia . . .	José Galan.
Orense. . . .	José Ramon Perez.
Oviedo. . . .	Bernardo Longoria.
Palencia. . . .	Gerónimo Camazon.
Palma. . . .	Pedro José García.
Pamplona. .	Ignacio García.
Paris.	Lassale y Melan.
Plasencia . .	Isidro Pis.
Pontevedra. .	Juan Verea y Varela.
Priego. . . .	Gerónimo Caracuel.
P. Sta. María.	José Valderrama.
Requena. . .	Antolin Penen.
Reus.	Juan Bautista Vidal.
Rioseco. . . .	Marcelino Tradanos.
Rivadeo. . .	Francisco F. de Torres.
Ronda. . . .	Rafael Gutierrez.
Rota.	Pedro Gomez de la Torre.
Salamanca. .	Rafael Huebra.
S. Fernando.	José Tellez de Meneses.
San Lucar. .	José Maria del Villar.
Sta. Cruz Tf.	Pedro M. Ramirez.
S. Sebastian.	Sres. Domercq y Sobrino.
Santander. .	José Aguirre.
Santiago. . .	Sres. Sanchez y Rua.
Segovia. . . .	Eugenio Alejandro.
Sevilla. . . .	Cárlos Santigosa.
Idem.	Juan Antonio Fé.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera. . .	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona . .	José Pujol.
Teruel. . . .	Vicente Castillo.
Toledo.	José Hernande .
Toro.	Alejandro Rodrig. Tejedor.
Tortosa . . .	Crecencio Ferreres.
T. de Cuba.	Meliton Franc. de Revenga.
Tuy.	Francisco Martinez Gonzalez
Valencia. . .	Francisco Mateu y Garin.
Idem.	Francisco de P. Navarro.
Valladolid. .	José M. Lezcano y Roldan.
Valls.	Cayetano Badía.
Velez Málaga	Antonio Maria Cebrian.
Vich.	Ramon Tolosa.
Vigo.	José Maria Chao.
Vill. y Geltrú	José Pers y Ricard.
Vitoria. . . .	Bernardino Robles.
Ubeda. . . .	Francisco de P. Torrente.
Utrera. . . .	Juan de Alba.
Zafra	Juan de Dios Hurtado.
Zamora. . .	Manuel Conde.
Zaragoza . .	Pascual Polo.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencarral, casa Astrarena.